

**Sistemas de Comunicación Modernos y Opinión Pública.
La Transición Imposible en la Argentina de los '60.**

Juan Cruz Vieyra

Ponencia presentada en el
V Congreso Nacional sobre Democracia

Noviembre de 2002

*Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional de Rosario*

Índice

Introducción	2
MARCO CONCEPTUAL	
Los sistemas de comunicación, conceptos y clasificación.	3
El concepto de opinión pública, las variantes de su estudio.	9
La opinión pública y los medios de comunicación.....	14
La opinión pública y “la política”	17
CONTEXTO HISTÓRICO	
La década de los sesenta en el mundo y Latinoamérica	21
Contexto histórico en Argentina	23
ESTUDIO DE CASO	
La Revista Primera Plana.....	33
Bibliografía	37

Introducción

Todos los aspectos de la vida en sociedad están matizados por el influjo de las comunicaciones, las cuales ocurren a partir de diversos tipos de procesos o interrelaciones entre los múltiples elementos de una estructura social. Estos procesos comunicacionales pueden ser encuadrados en distintas categorías conceptuales que recorren teóricamente desde la “integración” al “conflicto” y desde el “tradicionalismo” a la “modernización”. El estudio es un intento de penetrar en los intersticios de esta última clasificación en torno al esquema socio-político argentino de la década del ’60.

El presente estudio se divide en tres partes. Primeramente se intenta desarrollar un marco teórico que incluya conceptos clave que aún no han sido receptados -con la profundidad necesaria- en la mayoría de las investigaciones socio-políticas que interpretan los avatares más importantes de la historia de nuestro país. Uno de estos conceptos es la opinión pública. Veremos que esta surge y se define siempre a partir de un tipo de sistema de comunicación, que se transforma en una escala que recorre -teóricamente- desde la autonomía hasta la heteronomía, y que si bien uno de los motores más importantes de estos complejos procesos de cambio es la influencia de los medios de comunicación, estos nunca existen en un vacío, sino que están condicionados por plexos de orientaciones, intereses y valores que subyacen a todo grupo social. Además, desde una óptica latinoamericana, no es posible asimilar retrospectivamente estos temas sin interpretar las derivaciones analíticas que supone estudiarlos en el marco de régimenes militares y semidemocráticos.

En segundo lugar se hace referencia al contexto histórico en la década del ’60. En tal caso se presta especial atención a los procesos socio-políticos argentinos más importantes de este periodo como la proscripción del peronismo, el “empate” social y la “vigilancia militar”. Estos ejes, si bien reflejan un sistema político históricamente definido, también se tejieron a partir de determinadas interrelaciones entre actores e instituciones sociales, llevando a la construcción, transformación y crisis de alianzas que fluctuaron pendularmente a través de la tríada democracia-semidemocracia-autoritarismo. Todo esto supone que la opinión pública y proceso comunicacional fueron cambiando, ajustándose o no -y en este ajuste o desajuste modificando-, a los diversos juegos de relaciones entre grupos y estructuras sociales.

Por último, se concluye con el análisis específico de Primera Plana, una revista de la década de los ’60 en Argentina la cual además de ilustrar -a partir de su ciclo de surgimiento, transformación y enervación- la correlación de fuerzas sociales y económicas en la Argentina previa a la implantación del estado burocrático autoritario de 1966, también la imposibilidad de que Argentina complete la transición a un sistema de comunicación moderno, según los términos trazados en el esquema teórico.

MARCO CONCEPTUAL

Los sistemas de comunicación, conceptos y clasificación.

Cabría referirse primeramente, en líneas muy generales, al concepto de *comunicación* como aquel proceso por el cual un sistema establece una relación funcional, tanto sea consigo mismo como con el medio que lo rodea. Entendiendo por sistema un conjunto delimitado de elementos interdependientes. En consecuencia, podemos definir el concepto *sistema de comunicación* como un conjunto de estructuras, funciones y signos prevalecientes en mayor o menor grado en todo contexto sociocultural en intercambio permanente entre sí y con su entorno¹.

En la delimitación de ‘un’ sistema de comunicaciones se hace necesario identificar el nivel de análisis al que me estoy refiriendo. Por esa misma razón, en este estudio, al tomar como nivel de análisis al estado defino como *sistema de comunicación nacional* aquel sistema de comunicación que está compuesto por actores e instituciones sociales existentes en un estado, ya sea de manera formal o informal -es decir, institucionalizados en el ordenamiento normativo de la nación o no- y que interactúan entre sí y con el entorno internacional a lo largo de un periodo histórico determinado.

A partir de estos conceptos, puede entenderse que el esqueleto de una comunidad social puede ser determinado en torno a la estructura de sus sistemas comunicacionales -esta es una manera- porque la trama de la sociedad humana se devela, para muchos, en función del estudio del contenido, velocidad, curso y fluido de las comunicaciones; entendiendo que estas últimas abarcan la totalidad de la conducta, penetran todo medio social y puede encontrárselas en todos los aspectos de la vida de una sociedad.² Al respecto, Peña Herborn, siguiendo las ideas de McLuhan³, advierte que “no podemos escapar al influjo de las comunicaciones, porque ellas han constituido un ambiente informacional que no nos permite escapar de las formas (o formatos) y contenidos de la información. Para escapar tendríamos que mutilar nuestros sentidos o volcarnos al ascetismo”⁴

Un aspecto importante, que hace a una cuestión teórico-metodológica esencial para cualquier abordaje estructural-funcionalista, es que cuando se hace mención a una estructura social global -como la de comunicaciones- hay que distinguir los tipos de interrelaciones que podrían darse entre las partes o elementos de esta.

¹ Estos conceptos, pertenecientes al paradigma estructural funcionalista, han sido definidos tomando los parámetros de las obras de Méndez, Antonio, “Comunicación Social y Desarrollo”, Editorial. UNAM,1969; Schramm, W. “La ciencia de la comunicación humana”. Editorial. Roble; y Burguelin, Oliver “La comunicación de masas”, Editorial. ATE.

² Pye, Lucian W. “Evolución política y comunicación de masas”. Ediciones Troquel. Buenos Aires, 1963 – 1969.

³ McLuhan, Marshall & Fiore, Quentin.. “The Medium is the Massage, an Inventory of Effects”. Hardwired, EE.UU. 1967

⁴ Peña Herborn, Jorge “Perspectivas Acerca de la Influencia de los Medios de Comunicación de Masas en la Opinión Pública”. Revista Mad. No.2. Mayo 2000. Departamento de Antropología. Universidad de Chile <http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/mad/02/paper06.htm>

Según la distinción clásica de Germani⁵, los tres tipos principales de interrelación entre las partes de una estructura social son:

- Interrelación como simple interdependencia de las “partes” entre sí.
- Interrelación como ajuste o desajuste recíproco de las “partes”.
- Interrelación como adecuación de las “partes” de la estructura global a un valor, o sistema de valores centrales, que caracteriza a la estructura de la sociedad global misma.

Escapa a los fines de este trabajo hacer una descripción exhaustiva de las características analíticas de cada uno de estos tipos, sin embargo es necesario explicitar de dónde parto y explicar brevemente las razones de ello.

En el presente estudio se han tomado al mismo tiempo (pues los tipos no son excluyentes en la práctica) los tipos de interrelación 2. y 3.. El tipo de interrelación como ajuste o desajuste recíproco entre los elementos de una estructura social, es mucho más que una simple interdependencia (tipo 1.). Su característica principal, es que entre todas las partes de la estructura social hay interdependencia funcional y que esta funcionalidad puede ser de carácter positivo o negativo, en tanto puede asegurar ya sea el ajuste, adaptación o buen funcionamiento de la estructura, o su desajuste, mal funcionamiento, o incluso su destrucción. Para Germani, este tipo debe utilizarse necesariamente en el análisis del proceso de cambio de un tipo de estructura global a otro⁶.

Otro aspecto señalado por este autor, en torno a este tipo de interrelación estructural, es que debe especificarse si el “juicio de funcionalidad” recae sobre la estructura social (esté *integrada* de algún modo, o en *conflicto*) o bien sobre una o más estructuras parciales⁷. Dentro de este tipo de interrelaciones, cabría recordar sucintamente los conceptos de “integración”, “integración normativa”, “conflicto institucionalizado” y “conflicto - cambio”⁸.

⁵ Germani, Gino “*Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*”. Editorial Paidós. Buenos Aires. Págs. 49-63.

⁶ Más adelante, en el capítulo “el contexto histórico en la década del ‘60” serán explicados cómo ajustes y desajustes entre “elementos” de la estructura político-social argentina -como por ejemplo la formación, transformación y crisis de alianzas entre grupos, fracturas de partidos políticos y transformaciones de movimientos sindicales, entre otros- llevan a que la estructura político social cambie en sí misma. Tal es el caso, por ejemplo, del proceso político, económico y social que llevó a la implantación del estado “burocrático autoritario”, como da en denominar O’Donnell, Guillermo. “*El estado burocrático autoritario: Argentina, 1966-1973*” Editorial de Belgrano. Argentina, 1982.

⁷ Si el juicio de funcionalidad recae sobre la estructura social argentina, éste se basará en la existencia de un régimen político y social democrático donde existe un mínimo de libertades civiles y un conjunto de obligaciones ciudadanas. Porque son las que garantizan la convivencia social y permiten su desarrollo, según el conjunto de parámetros culturales imperantes. Pero, obviamente, esto no necesariamente fue percibido así por varias estructuras parciales (o los distintos grupos) en el marco de la sociedad argentina de la década del ’60.

⁸ A lo largo del trabajo podrán utilizarse los siguientes conceptos de Germani, Gino. Op. Cit. Págs. 55-61

- El concepto de “**integración**”, puede resumirse diciendo que “una sociedad integrada será aquella en la que las diferentes estructuras parciales se hallan perfecta, o por lo menos suficientemente, ajustadas entre sí, y tal ajuste se realiza a) tal como lo prevén las normas y las creencias socialmente vigentes y b) tal como lo viven los individuos que pertenecen a la sociedad, grupos o instituciones dadas”.
- La “**integración normativa**”, que se da por la diferencia que puede analizarse entre los puntos a) y b) -muy común en los procesos de cambio- implica un “ajuste –o por lo menos un mínimo de compatibilidad- entre normas, status, roles, instituciones tomadas en sí, con independencia de sus portadores humanos”.

El tipo de interrelación como adecuación de las “partes” de la estructura global a un valor, o sistema de valores centrales, puede definirse como la expresión de la coherencia interna que todas -o las “más esenciales”- partes de la sociedad guardan con relación a un valor central o a un sistema de valores centrales, que se erigen de este modo en el rasgo -o los rasgos- definitivos de la sociedad misma⁹.

Volviendo a la importancia del enfoque comunicacional, cabe decir que en gran parte la diferencia entre asuntos públicos y privados está determinada por la medida en que los actos de individuos particulares y públicos aparecen ampliados o ignorados en el proceso de comunicaciones, el mismo que “establece las normas que pueden impedir que la gente se torne indebidamente ingenua o excesivamente suspicaz acerca de lo que los hombres harán probablemente cuando posean un gran poder en sus manos”¹⁰.

Una función del proceso de comunicaciones, en cuanto a la política de masas, consiste en instaurar en una sociedad bases comunes de información y conocimiento entre sus miembros, a partir de las cuales debatir las acciones colectivas. En este sentido, no son pocos los que definen la “política” como la capacidad para predecir la probable conducta de los hombres en diferentes contingencias y para interpretar el significado de acontecimientos aparentemente casuales. A partir de lo cual puede afirmarse que el proceso de comunicaciones da forma y estructura al proceso político, a la vez que es uno de los principales motores del desarrollo.

Ahora si es posible intentar una aproximación teórica sucinta acerca de una posible *clasificación* de los sistemas de comunicación. Al respecto es necesario hacer una advertencia acerca de los modelos que se han tomado como base teórica en el presente estudio. En cuanto a esto último, cabe aclarar que fueron la ciencia política y de la comunicación norteamericanas las que se ocuparon -en las décadas del '50 y '60- de fijar los parámetros fundamentales con que estos temas serían estudiados en el futuro. Ello responde -aunque esto no puede ser tratado aquí- al fuerte impulso que había recibido en Estados Unidos el enfoque funcionalista en cuanto a los estudios de la comunicación y control aplicados a temas sociales y políticos.¹¹

-
- El “**conflicto institucionalizado**” es el que “se halla ‘previsto’ dentro del marco normativo de la sociedad y que a la vez constituye una expresión de su funcionamiento ‘normal’ y esperado” Se trata de un proceso recurrente, que no implica cambio, o por lo menos no lo implica necesariamente ni en mayor medida de lo que puede darse en virtud de todo otro proceso “normal” de carácter no conflictivo.
 - El “**conflicto - cambio**” surge en relación a un proceso de cambio y “expresa la existencia de un desajuste: entre ‘normas’, entre ‘normas’ y ‘circunstancias reales’, entre ‘grupos’”.

⁹ En relación al sistema socio-político argentino del período en cuestión, este tipo de interrelación parece ser fundamental para Cavarozzi, al exponer que “Las explicaciones tienden a considerar a la sociedad argentina como encerrada en una situación de tablas ajedrecísticas entre fuerzas sociales de magnitud análoga, capaces de bloquear los proyectos políticos de sus antagonistas pero incapaces de imponer el propio.../...Este capítulo presenta un diferente nivel de análisis. Parte de la premisa de que las orientaciones, intereses y valores de las fuerzas sociales no existen en un vacío, sino en un campo específico, que es un sistema político históricamente definido”. O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C. y Whitehead, Laurence “Transiciones desde un gobierno autoritario / 2”. Capítulo 2, “Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955” (Marcelo Cavarozzi). Editorial Paidós. España, 1994. Pág. 37.

¹⁰ Ibíd. Pág. 19

¹¹ Esta tradición de investigación estructural funcional tiene sus raíces en los estudios de Talcott Parsons. Así al menos lo destacan Apter David “Política de la modernización” Editorial Paidós, 1972 y Deutsch Karl W. “Los nervios del gobierno. Modelos de comunicación y control políticos”. Editorial Paidós, 1969.

En primer lugar habría que hacer una diferenciación entre tres tipos de sistemas de comunicación: en las sociedades tradicionales, modernas y de transición.¹²

El principal factor del proceso de comunicaciones en las sociedades *tradicionales* consiste en que aquellas no están organizadas como sistemas distintos, rigurosamente diferenciados de otros procesos sociales. Los sistemas tradicionales carecen de profesiones en materia de comunicaciones y quienes participan en el proceso necesariamente están vinculados en la comunidad por un elemento central: la posición social o política. Lo que esto marca es que, al estar el sistema de comunicaciones tan íntimamente relacionado con la estructura básica de la sociedad, los actos de valorar, interpretar y responder a todas las comunicaciones aparecen fuertemente influidos por consideraciones basadas directamente en relaciones de status. Con lo cual, muy difícilmente la información no circula “*a lo largo de las líneas de la jerarquía social o de acuerdo con los tipos muy particulares de relaciones sociales en cada comunidad*”¹³. Esta es la razón por la cual Sartori exponga que uno de los factores que más caracteriza a las sociedades tradicionales es que los “*los flujos de información sobre el estado de la cosa pública...no son propiamente ‘flujos’, o no conciernen a la res pública.*”¹⁴

En cuanto a la caracterización de los sistemas de comunicación *modernos*, respecto a su relación con los medios de masa, puede adoptarse la distinción básica propuesta por Lucian Pye:

“Un moderno sistema de comunicaciones implica dos estadios o niveles. El primero es el de los medios de masa altamente organizados y explícitamente estructurados; el segundo es el de los líderes de opinión informal, los cuales comunican en forma directa, de manera muy semejante a la utilizada en las sociedades tradicionales”¹⁵.

La función de los medios de masa, en el proceso de comunicación hacia la década de los ’60, se halla industrializada, profesionalizada y, en algunas sociedades, fue relativamente independiente de los sistemas de gobierno y de los procesos sociales. Pero de todos modos, un moderno sistema de comunicaciones implica mucho más que medios de masa; las complejas interrelaciones entre los líderes generales y especiales de opinión informal, y - como señala Pye- entre públicos atentos y pasivos son parte integrante de todo un sistema de comunicación.

De hecho, en el proceso de industrialización y modernización, que precedió a la década de los ’60, con una cantidad creciente de comunicaciones mecánicas y con una organización cada vez más eficaz en cuanto a la especialización y disciplina, también existió (aspecto para Pye “paradójico”) la tendencia a confiar cada día más en la comunicación verbal directa.

En cuanto a las comunicaciones políticas de un sistema moderno de comunicaciones, puede decirse que estas no se apoyaban solamente en las operaciones de los medios de masa; sino que podía advertirse una fuerte interacción entre los comunicadores profesionales y los

¹² Pye, Lucian W. Op. Cit. Téngase en cuenta que el esquema propuesto ha sido aplicado exclusivamente al estudio de los sistemas de comunicaciones hasta la década de los ’60, lo cual significa que este marco teórico debe ser reformulado si se intenta una aproximación a estos problemas en la contemporaneidad.

¹³ Pye, Lucian W. Op. Cit. Pág. 40.

¹⁴ Sartori, Giovanni “*Elementos de Teoría Política*”. Editorial Alianza Universidad. Madrid, 1992. Pág. 151

¹⁵ Pye, Lucian W. Op. Cit. Pág. 40.

que ocupaban posiciones influyentes en las redes de canales de comunicaciones profesionales y directas.

Además, en la década del '60, podría decirse que es cuando comienza a operar con vigor un sistema de “retroalimentación” al nivel comunicacional. Esto significó una gran producción de ajustes en la fluidez y contenido de diferentes formas de mensaje. Pye, al advertir esto -hacia principios de ésta década- escribía lo siguiente:

“Los responsables de los medios de masa están constantemente alertos para descubrir cómo han sido recibidas y ‘consumidas’ sus comunicaciones por aquellos que controlan los sistemas informales de comunicaciones. De igual modo, aquellos que dan vida a los sistemas informales adaptan constantemente sus acciones a las formas en que los medios de masa puedan en cualquier momento estar interpretando el tono de la *opinión pública*”¹⁶.

En síntesis, el factor central del sistema de comunicación *moderno* es la fusión de tecnología, procesos especiales y profesionalizados de comunicación y procesos de comunicación informales, basados en la sociedad y no especializados de persona a persona.

Para entender tal modernización de una sociedad, entonces, deben darse estos tres elementos de manera conjunta, lo que debe hacer pensar que una sociedad que obtiene medios de masa de tecnología avanzada, no necesariamente goza de un sistema de comunicación moderno, sino que la prueba de la modernización puede encontrarse allí donde impere la “retroalimentación” antes descripta. En este sentido, la modernización se articula sobre la base de la integración de las instituciones formales de comunicaciones y los procesos sociales de comunicaciones, hasta tal punto que uno depende -al menos relativamente- del otro.

Con estos factores presentes, debemos precisar específicamente el concepto de modernización. Puede decirse que la *modernización* es un proceso multidimensional y que -al igual que las comunicaciones- abarca todos los aspectos de la sociedad¹⁷. En el campo del gobierno, la modernización se asocia con el grado de especialización de funciones, el alcance de reglas universales de conducta, el predominio de consideraciones seculares de solución de conflictos, la ampliación de la participación de una manera que afecte al proceso de toma de decisiones, la existencia de una amplia gama de intereses libremente representados y profundamente arraigados en la vida social y económica de una comunidad y la fluidez y orientación de cambios sociales sin alterar la estabilidad, la transferencia ordenada del poder, el respeto por la autoridad constituida, la adhesión a los procedimientos legales y el claro reconocimiento de los derechos y deberes de la ciudadanía.

Claro que todo esto tiene de telón de fondo no solo un desarrollo económico de bases sólidas (prerrequisito que a veces no suele darse en las que luego denominaremos como sociedades en transición) sino también distintos factores como los modos de pensar, los valores y las opiniones, las condiciones sociales de vida y la eficiencia del gobierno. Todos

¹⁶ Ibíd. Pág. 41.

¹⁷ Permitásenos aclarar que desde este punto de vista, y a lo largo del trabajo, ‘un’ proceso de modernización siempre asumirá -para poder considerárselo tal- una dimensión hondamente nacional, vale decir, que se erija en torno a los factores socio-políticos, económicos y culturales del conjunto de la sociedad.

estos, además, factores cruciales que determinan las perspectivas del crecimiento económico y desarrollo político.

El proceso **transicional** de comunicaciones está referido a aquellas sociedades donde los factores clave o estructurales tienen una naturaleza bifurcada, es decir, con elementos de lo que he descrito como sistemas de comunicación modernos (por ejemplo, tecnología moderna) y elementos correspondientes a las sociedades donde priman los sistemas tradicionales (por ejemplo, que este sistema de comunicaciones dependa de relaciones directas y que tienda a seguir las reglas del status social o económico). El dato central que señala Pye al respecto es que los dos niveles o partes separadas no aparecen estrechamente integrados, sino que cada uno representa un sistema de comunicación más o menos autónomo.¹⁸

En las sociedades en transición se da un delicado equilibrio entre la necesidad de equipos calificados de intelectuales que posean condiciones especiales para la modernización, y la necesidad de que las masas tengan un sentido de compromiso popular así como también algún rasgo de identificación con la vida nacional; lo cual a su vez indica la existencia de ciertos procesos sociales básicos, pues -como ya se ha explicado- la tecnología, los medios de comunicación de masas, no bastan¹⁹. Es necesario un equilibrio (dispuesto por el sistema político) entre lo cosmopolita o moderno y lo parroquial o tradicional, equilibrio que siempre está matizado por lo que cada comunidad acepte como satisfactorio entre las normas universales de desarrollo moderno y los intereses particulares de determinados elementos de ella misma.

Otra característica, destacada por Pye, es que en las sociedades transicionales hay una fragmentación -además de la anteriormente expuesta- en lo que hace al proceso de comunicaciones urbano y rural: el primero penetra sólo esporádicamente en el segundo, pues no hay pautas sistemáticas de enlace entre estos. Este tema roza cuestiones enlazadas con la importancia del desarrollo político de un país o sociedad en transición, pues este desarrollo, entre otros factores, también implica tener un sistema de comunicaciones integradas en un *sistema nacional*, preservando -como es lógico- la integridad de los tipos informales de comunicación, esto es: que los medios de masa se instauren progresivamente en cada una de las dimensiones comunales de la nación, dejando -al mismo tiempo- los espacios necesarios para que los ciudadanos, en torno a sistemas informales, interactúen a través de algún tipo de sentido de comunidad. Visto así, el desarrollo político de una sociedad en transición, no depende tanto de una inversión gigantesca en tecnología, como de un ajuste entre los sistemas urbanos y rurales entre sí y con el sistema de medios de masa.

Ahora bien, es necesario sintetizar algunas diferencias comparativas entre los tres tipos de sistemas que he destacado, teniendo en cuenta que esta diferenciación está formulada en torno a modelos teóricos, y su utilización sirve únicamente para esquematizar estos grandes tipos de sistemas de comunicación, a partir de lo cual, se puede iniciar una investigación en torno a un tiempo y lugar precisos, que requiere -siempre- de la formulación de distinciones particulares para cada sociedad.

¹⁸ Pye, Lucian W. Op. Cit. Pág. 42.

¹⁹ Al respecto, Pye, llega a plantear lo siguiente: “el proceso de comunicaciones da forma, estructura y significado a una sociedad, y las razones por las cuales este proceso resulta destructivo serán fundamentales para determinar la capacidad que posee una sociedad para proteger y conservar su identidad.”. Pye, Lucian W. Op. Cit. Pág. 34

	Velocidad de transmisión de información	Volumen de información	Exactitud de información
Sistemas Tradicionales	Despareja. Algunos tipos de noticias se difunden más rápidamente que otras.	Muy limitado.	Muy baja. Dados los factores de influencia social y política y la escasa o nula profesionalización comunicacional.
Sistemas En Transición	Depende de los mecanismos de control de información de cada sociedad en particular.	Limitado. Porque generalmente sigue las reglas del status social o económico, aunque con tendencia a un público creciente.	Baja. En tanto que aún subsisten resabios del sistema tradicional y que el sistema de medios de masa posee organizaciones de escasos recursos económicos y de personal.
Sistemas Modernos	Rápida. Por la industrialización, profesionalización y, en algunos casos, relativa independencia del gobierno del sistema de comunicaciones.	Amplio. Debido al masivo auditorio de información. Con ello los mensajes aislados pueden perderse fácilmente en las corrientes generales.	Alta. Pues la información es constantemente ajustada y controlada por la interacción entre los profesionales de los medios masivos y los líderes informales de opinión.

El concepto de opinión pública, las variantes de su estudio.

¿Cuándo se comienza a hablar de “opinión pública”? Según Sartori partir de la Revolución Francesa, puesto que este proceso combina la *formación* de opiniones de un público cada vez más amplio (por parte de los “ilustrados”) con un conjunto de ideas democráticas que presuponían y generaban un público que manifiesta opiniones, un público interesado en la cosa pública.²⁰

Las múltiples facetas que abarca la opinión pública dentro del ámbito del conocimiento hace que diferentes disciplinas incluyan el concepto en sus arcas, todas las cuales le imprimen sus códigos y modelos de análisis. Por otra parte, es un tema “cortado” por problemas de distinta índole y de igual carácter multifacético, como por ejemplo el liderazgo, los procesos grupales, y los cambios tecnológicos y culturales, lo cual agrega complejidad y riqueza a su estudio.²¹

Gran parte de la comunidad científica desmembra el concepto de opinión pública y explica los diferentes sentidos con que se emplean los términos “opinión” y “público” y, luego dan una *definición* tentativa de opinión pública. Desde el punto de vista filosófico, la *opinión* es considerada una percepción o una creencia que no entraña garantía alguna de validez. La opinión, para Platón, es un estado intermedio entre el conocimiento y la ignorancia acerca de algo; Epicuro la denominó como un término que puede llegar a ser verdadero o falso; Santo Tomás explica que la opinión es un acto de entendimiento que se realiza sobre una parte de la contradicción con el temor de la otra; Kant la entendía como una

²⁰ Sartori, Giovanni “*Elementos de Teoría Política*”. Op. Cit. Pág. 149.

²¹ En torno al problema de construir una visión interdisciplinaria de la opinión pública, desde el punto de vista de la Psicología social, véase a Katz, Daniel. “*Public Opinion and Propaganda*”. Prentice-Hall. New York. 1960.

creencia insuficiente, tanto subjetiva como objetivamente, acompañada por el conocimiento, pues no se puede opinar sin saber algo, por lo menos, por medio de lo cual el juicio problemático tenga determinada relación con la verdad, ya que de lo contrario sería “sólo un juego de la imaginación”²².

Sartori explica al respecto que la opinión es *doxa* y no *episteme*, vale decir que no es saber o ciencia. Young define la opinión como una creencia bastante fuerte o más intensa que una mera noción o impresión, pero menos fuerte que un conocimiento positivo basado en pruebas completas o adecuadas²³.

Por otra parte, el concepto de *público* puede entenderse en dos sentidos. En un sentido amplio puede significar el cuerpo general o la totalidad de los miembros de una comunidad, y de manera restringida, el término “público”, ha sido empleado para significar una masa transitoria de individuos que no se encuentran próximos unos de otros, con un interés común o general. El público no se mantiene unido por medio de contactos cara a cara, es decir que aunque se conserven las características de “grupo” en el sentido psicosocial, éste es amorf.

Para Young, también puede entenderse que existen “públicos” y no “público”, debido a que los medios de formación de la opinión pública incluyen distintas variables como la política, el arte, la religión, etc. De desde esta concepción, los públicos además de ser transitorios responden de manera más o menos regular a instituciones y grupos a los que están relacionados.

Sería larga y múltiple la tarea de definir concretamente lo público o, lo que es lo mismo, lograr un criterio universal de diferenciación con lo privado. Para N. Bobbio²⁴, esta pareja de conceptos entraña un “gran dicotomía”, ya que aúna dos conceptos que si bien pueden ser definidos separadamente, uno siempre lo es por negación. Sin embargo, de modo general, podemos precisar que “público se refiere a hechos o actividades humanas, que concentran el interés general de la comunidad: todo aquello que es visto, oído o conocido en común, todo aquello que está abierto al uso o goce general.”²⁵

El sistema de comunicaciones está estrechamente relacionado con la distinción público - privado, dado que los individuos particulares salen a la luz o son ignorados, en buena medida, en los procesos de comunicaciones. Pye, al respecto, entiende que “...sin una red capaz de agrandar y magnificar las palabras y las elecciones de los particulares, no existiría una política capaz de cubrir las dimensiones de una nación”²⁶.

En el caso de la opinión pública en sociedades con sistemas de comunicación modernos, el público “es un número de personas dispersas en el espacio que reacciona ante un estímulo común, proporcionado por los medios de comunicación indirectos y mecánicos”²⁷.

²² Borja, Rodrigo. “Enciclopedia de la Política”. Fondo de Cultura Económica. México. 1998. Pág. 704 y ss.

²³ Young, K. “La opinión pública y la propaganda”. Editorial Paidós. Buenos Aires. 1980. Pág. 10

²⁴ Bobbio, Norberto “Estado, Gobierno y Sociedad. Por una teoría general de la política” Fondo de Cultura Económica. Colombia. 1997.

²⁵ Young, K. Op. Cit. Pág. 10

²⁶ Pye, Lucian W. Op. Cit. Pág. 19.

²⁷ “En una muchedumbre o un auditorio, o en una reunión o cena, nos hallamos bajo la influencia de los estímulos personales directos. Oímos, vemos y percibimos de distintas maneras a otras personas. Tenemos -o desarrollamos rápidamente- un sentimiento de que ‘pertenezcemos’ o ‘creemos’ o ‘hacemos’. Como miembros de una vaga y amorfa asociación de personas que leen el mismo periódico o escuchan el mismo programa

La opinión pública no es algo estático, sino que está sujeta a todo tipo de transformaciones. Primero, por el simple factor de la alteración en el transcurso de la historia, y en segundo lugar porque está influida por diferentes elementos y las interrelaciones que existen entre ellos, por lo que la opinión pública es siempre descriptible y comprensible como función de un conjunto de factores interrelacionados.²⁸

Rivadeneira Prada considera a la opinión pública como dentro de un universo compuesto por un *sistema* y un *medio*. Este sistema sería *abierto*, porque constantemente está interactuando con su medio, el problema es qué elementos incluir en el sistema y cuáles no.²⁹ Sin embargo parece correcta la apreciación de que no hay opinión pública sin individuos, grupos y organizaciones sociales, cualquiera sea su tipo. En este sentido la opinión pública tiene que ver con factores políticos, económicos, culturales, etc, pues es un *fenómeno comunicacional*, en el sentido -como hemos visto anteriormente- de que abarca la totalidad de la conducta, penetrando todo medio social. Este mismo autor propone que el conocimiento de la opinión pública demanda dos niveles de operaciones: el formal y el concreto. Es decir, la faz teórica donde la clave es el trabajo interdisciplinario, la pmedición de actitudes y opiniones, etc.³⁰

Sartori define la opinión pública como “un público, o una multiplicidad de públicos, cuyos estados mentales difusos (opiniones) interactúan con los flujos de información sobre el estado de la cosa pública”³¹

Teniendo en cuenta las características del contexto histórico en que se focaliza este estudio -la década del ‘60 en Argentina- la definición que se asumira en este estudio es la siguiente: la opinión pública es un fenómeno psicosocial y político que consiste en la discusión y expresión relativamente libres, de un grupo humano, en torno a uno o varios objetos de intereses comunes que moldean su conducta.

El modelo de cascada

Este modelo es propuesto por Deutsch para representar los procesos de formación de la opinión pública.³² En este modelo los niveles o depósitos de la cascada son cinco. En primer lugar está en el contenedor en el que circulan las ideas de las *élites económicas y sociales*, seguido por aquel en el que se encuentran y enfrentan las *élites políticas y de gobierno*. El tercer nivel está constituido por las *redes de comunicaciones de masas* y, en buena medida,

radial, nuestras respuestas son mucho más atomizadas; vale decir, la polarización se caracteriza por verbalismos tales como ‘yo pertenezco’ o ‘yo quiero esto’ o ‘yo no estoy de acuerdo’. Si acaso se desarrolla un sentimiento del nosotros, éste resulta mediatisado por la imaginación y seguramente ha de ser pasivo y vago”. Young, K. Op. Cit. Pág. 8.

²⁸ Rivadeneira Prada, Raúl. “*La opinión pública. Análisis, estructura y métodos para su estudio*”. Editorial Trillas. México. 1998.

²⁹ Hall y Fagen sostienen que “para un sistema dado, el medio es el conjunto de todos los objetos cuyos atributos, al cambiar, afectan al sistema y también aquellos objetos cuyos atributos son modificados por la conducta del sistema”. Citado por Rivadeneira Prada, Raúl. Op. Cit. Pág. 6.

³⁰ Rivadeneira Prada, Raúl. “*La opinión pública. Análisis, estructura y métodos para su estudio*”. Editorial Trillas. México. 1998. Págs. 63-64.

³¹ Sartori, Giovanni “*Elementos de Teoría Política*”. Op. Cit. Pág. 151.

³² La explicación de este modelo, como así también sus críticas, serán tomadas de las obras de Sartori, Giovanni “*Elementos de Teoría Política*”. Op. Cit. Pág. 153. y “*Teoría de la democracia I. El debate contemporáneo*”, Op. Cit. Pág. 135.

por el personal que transmite y difunde los mensajes. Un cuarto nivel lo proporcionan los “líderes de opinión” a nivel local, es decir, aquel 5 ó 10 % de la población que verdaderamente se interesa por la política, en contacto con los medios de comunicación y que influye de alguna medida en la formación de las opiniones de los grupos y con los que interactúan los líderes de opinión. El último escalón, donde todo confluye, es el *demos*, el depósito de los públicos de masas, que al contrario de cierta literatura nunca permanece estático, pues como receptor de mensajes es bastante más activo que pasivo.

Respecto a este esquema originario de Deutsch, Sartori expone tres aspectos de importancia: *el primero* es la importancia del nivel de los líderes de opinión local; un lugar de intermediación que no se le ha dado la importancia suficiente durante largo tiempo. *El segundo* aspecto es que ninguno de los niveles es monolítico y tampoco, normalmente, solidario: en el interior de cada depósito las opiniones y los intereses son discordantes y los canales de comunicación múltiples. *El tercero* es que, aunque Deutsch señala continuamente que el sentido de la cascada es “descendente” pueden presentarse –o se presentan– retornos o “feedbacks” continuamente.

Una de las ventajas resaltadas por Sartori de este modelo es que ha transformado el sobreentendimiento que la doctrina ha tenido siempre acerca de que la opinión pública debía su propia autonomía a complejos procesos de reequilibrio y a una neutralización recíproca, lo ha transformado en un sistema analítico, de donde surge naturalmente que en el mundo real la “autonomía” es un concepto relativo.

Ahora bien, Sartori critica duramente este modelo por dos problemas fundamentales: en primer lugar que Deutsch elabora su modelo en referencia a la política exterior, es decir, a un sector demasiado remoto para interesar verdaderamente a públicos amplios³³. En segundo lugar porque la ordenación jerárquica de la cascada, principalmente los tres depósitos o remansos superiores, están intercomunicados, mezclados de tal manera en nuestros sistemas democráticos que su división carece de sentido. Además, en opinión del autor, es muy dudoso que las corrientes de opinión se conciban y originen en las élites políticas y socioeconómicas, puesto que generalmente comienzan por los grupos de ideas (fundamentalmente en instituciones de enseñanza y medios de comunicación). Sin embargo acota que esos grupos están hoy efectivamente distribuidos en todos los niveles de la cascada, incluso en el más inferior. Tal cuestión, siguiendo el razonamiento de Sartori, implica pensar que nuestras democracias han nivelado de forma creciente la cascada.³⁴

Una cuestión importante relacionada con los estratos jerárquicos de la cascada en las democracias occidentales es que no existe una jerarquía fija en el flujo de opinión, en ocasiones, y con bastante frecuencia, la cascada comienza con los medios.

Otra gama de críticas a este modelo pasa fundamentalmente por cómo funciona la cascada al interior de cada nivel o estanque. En primer lugar hay que decir, siguiendo a Sartori, que todo depósito no sólo desarrolla un ciclo completo, sino que en el seno de todo contenedor los procesos de interacción son horizontales: influyentes contra influyentes, emisores contra emisores, recursos contra recursos. En segundo lugar, en todo paso desde un nivel a otro intervienen nuevos factores: cada vez que se vuelve a comenzar un ciclo completo todo se vuelve a mezclar y esto modifica lo que llega a los demás depósitos.

³³ Sartori, Giovanni “Elementos de Teoría Política”. Op. Cit. Pág. 154.

³⁴ Sartori, Giovanni “Teoría de la democracia I. El debate contemporáneo”. Op. Cit. Pág. 135

Cabría, además, preguntarse como funciona la cascada en sociedades con sistemas totalitarios de formación de la opinión pública. Al respecto Sartori expone que la característica principal es el establecimiento de una cascada netamente jerárquica, en la que cada depósito o remanso posee sólo un efecto de refuerzo, de amplificación, dado que sólo existe una voz, la sola voz del régimen, y fluye hacia abajo imperturbada, sin interrupciones, puesto que en “los depósitos están en calma, transformados en cajas de resonancia”³⁵

En los regímenes totalitarios esto se hace de dos maneras: *primero*, mediante una “bóveda de terror” a lo largo de toda la línea jerárquica; y *segundo*, a través de una movilización en el nivel de base. En el primer caso la cadena de terror funciona con suavidad según el principio de que cada uno transmite las instrucciones al siguiente en la línea. En el segundo caso las movilizaciones de las masas por los activistas del partido sirve al propósito de destrucción de los creadores espontáneos de opinión.

El sistema totalitario se caracteriza además porque va más allá de los procesos de formación de la opinión. Según Hannah Arendt “las formas de organización totalitaria están concebidas para traducir las mentiras propagandísticas del movimiento, tejidas en torno a una ficción central –la conspiración de los judíos, de los trotskistas, etc.- en una realidad actuante, para construir , incluso bajo circunstancias no totalitarias, una sociedad cuyos miembros actúen y reaccionen según las normas de un mundo ficticio”³⁶.

Un ejemplo, citado por Sartori, de cómo funciona la cascada en el interior de uno de los niveles de la cascada, es el de la clase política.³⁷ Antes, cabría recordar que, según este último autor, la opinión pública se caracteriza como tal en relación a lo que dicen y hacen los políticos. Esta clase es un grupo altamente competitivo en el cual los partidos maniobran para robarse los electores y los políticos se pelean entre sí en el seno de sus mismos partidos, para quitarse los puestos. Esta combinación de intereses y pujas de poder da como resultado una cantidad de voces casi infinitas y ciertamente disímiles que llegan a los medios de comunicación masivos, los cuales no las transmiten como tal, puesto que decodifican estos conflictos y pujas de intereses en “noticias” lo que conlleva un proceso de selección (discriminación) lo cual si bien simplifica en muchos casos, a la vez distorsiona, ciertamente interpreta y con frecuencia crea mensajes. Por otra parte, los medios también se ven envueltos por las reglas de la competencia y, por lo tanto, se vuelven a proponer aquellos procesos de interacción horizontal que vuelven a constituir un nuevo conglomerado.

Otro ejemplo está dado por los líderes de opinión local. La importancia de estos es vital en todo proceso comunicacional, puesto que ni siquiera los instrumentos de comunicación de masas pueden sustituir la relación personal, cara a cara, con un interlocutor de existencia visible, que haga de filtro, que responda ante determinado grupo de personas: con lo cual pueden reforzar los mensajes retransmitiéndolos extensamente, pero pueden también desviarlos o bloquearlos declarándolos poco creíbles, distorsionados o incluso irrelevantes. Después de todo, tampoco hay que olvidar que las opiniones de todos los particulares derivan también, y no en poca medida, de los “grupos de referencia”: la familia, el grupo de trabajo, y las eventuales identificaciones de partido, religiosas, de clase, étnicas, etc. Con ello puede recordarse, que las opiniones provienen de mensajes informadores, pero también de identificaciones.

³⁵ Ibíd. Pág. 136

³⁶ Arendt, Hannah “Los orígenes del totalitarismo. 3. Totalitarismo”. Editorial Alianza Universidad. 1968. Pág. 486.

³⁷ Sartori, Giovanni “Elementos de Teoría Política”. Op. Cit. Pág. 155.

Conviene aquí traer a la memoria este concluyente razonamiento de Sartori:

“¿quién forma la opinión que se convierte en pública?. Después de haber seguido los mil arroyos del modelo de cascada, de haber evidenciado que existen emergencias desde abajo y recordado que las opiniones provienen también de las identificaciones de grupo, de múltiples grupos de referencia, la respuesta global no puede ser más que ésta: todos y ninguno.”³⁸

La opinión pública y los medios de comunicación

Para Peña Herborn³⁹, en la mayoría de las conductas de todos los actores políticos - desde comienzos del siglo XX- subyace la creencia de que los medios de comunicación tienen el poder efectivo de cambiar la opinión pública de cierta manera. Las técnicas que manifiestan esta creencia -para muchos real, para otros imaginaria- podrían ser la generación o producción de imágenes, los discursos públicos, etc, todo lo cual se adaptaría a las formas de ser visto públicamente dominante en una sociedad determinada, en un momento preciso, con arreglo al sistema de normas y valores culturales imperantes.

A partir del enfoque que Sartori hace de los medios de comunicación y la opinión pública, puede decirse que quizás el quiebre más notorio de esta relación se dio con el advenimiento de los instrumentos audiovisuales de comunicación de masas -radio y televisión-, pues en este momento es que parecen haberse desequilibrado los procesos de autoformación de la opinión pública.

“La autonomía de la opinión pública ha entrado en crisis, o ha sido puesta en duda por la propaganda totalitaria y también por las nuevas tecnologías de las comunicaciones de masas.”⁴⁰

Peña Herborn, indica que si bien los medios de comunicación masivos cambian de una u otra forma los procesos de opinión pública, los efectos que esto produce no son del todo planificados o controlables, además de que el cambio puede ocurrir tanto por lo que se hace como por lo que se omite hacer. Además de ello, algo de igual importancia es que las informaciones son interpretadas por las audiencias según sus esquemas socio-culturales, los cuales tienen que ver con la pertenencia a un grupo socioeconómico, a una etnia, la adhesión a una ideología o simplemente son producto del nivel educacional⁴¹.

Reafirmando esto, Rivadaneira Prada explica que la opinión pública no se puede separar de las instituciones y productos de medio, como los diarios, la radio, la televisión, etc, pero tampoco es imaginable sin la *comunicación total*, es decir la comunicación personal, directa y recíproca, que tiene una importancia vital en los procesos de interpretación de mensajes⁴².

³⁸ Sartori, Giovanni “Elementos de Teoría Política”. Op. Cit. Pág. 157.

³⁹ Peña Herborn, Jorge. Op. Cit.

⁴⁰ Sartori, Giovanni “Elementos de Teoría Política”. Op. Cit. Pág. 152 - 153.

⁴¹ Peña Herborn, Jorge. Op. Cit.

⁴² Rivadeneira Prada, Raúl. “La opinión pública. Análisis, estructura y métodos para su estudio”. Op. Cit. Págs. 5-6.

Existen, según Lemert⁴³, elementos básicos para entender el papel de los medios de comunicación masivos en el proceso de la opinión pública. Antes de describirlos, es importante aclarar que este autor se enrola entre aquellos que relacionan la opinión pública con la percepción que de ella se tiene en las estructuras de poder, entre quienes toman decisiones.

Entre estos elementos, pueden ser considerados como centrales la *participación*, la *actitud* y el *poder*. El participar en los procesos de opinión pública implica llevar adelante actitudes relacionadas con problemas, sea votando en el marco electoral o por medio de actos concretos dentro del los ámbitos de influencia. La participación es el prerrequisito de la visibilidad de las actitudes y, por lo tanto, de la responsabilidad que los que toman decisiones adquieran en torno a ellas, si bien esto puede ocurrir de forma indirecta o sin la participación activa de la ciudadanía, como por ejemplo cuando se publican los datos de encuestas en los medios.

Se desprende de los estudios de Lemert⁴⁴, que quienes promueven actitudes por el acto de participar tiene más poder que otros. En torno a ello se dice que un efecto de los medios es otorgarle mayor poder a quienes participan en procesos dentro del marco de influencia, al entrar por canales informales a la toma de decisiones. De todas maneras se advierte que -obviamente- el sistema decisional no da igual peso a todas las opiniones, lo que tiene que ver con el método por medio del cual la opinión fluye en la estructura gubernamental, y con la forma en que tiende a reaccionar esta misma estructura ante los cambios de la opinión, es decir que grado de permeabilidad externa soporta.

El poder, a su vez, se manifiesta en la capacidad de los actores políticos para bloquear o iniciar la discusión pública, para fijar las prioridades en la agenda y para influir tanto sea sobre percepciones de la opinión pública (sostenidas por los líderes informales de opinión), como en las múltiples cuestiones relacionadas con la participación. Así también, autores como Iyengar⁴⁵ afirman que los medios de comunicación fueron -progresivamente- postulándose como los *fabricadores* –parafraseando a London⁴⁶- de la agenda de los asuntos públicos, lo que en los términos anteriormente planteados, significa ni más ni menos que reconocerlos como un factor de poder de primera importancia.

“el factor más importante de los mass media es su habilidad para ordenar mentalmente y organizar el mundo por nosotros. Dentro de poco, los medios no serán exitosos en decírnos qué pensar, pero serán asombrosamente exitosos en decírnos sobre qué pensar”⁴⁷.

En otro sentido, autores como Paetz y Entman argumentan que las élites, muchas veces tienen un control substancial sobre el énfasis, contenido y flujo de la opinión pública, con lo cual el público -en estas circunstancias- lejos de tener más poder, se ve menoscabado. En

⁴³ Lemert, James. "Después de Todo... ¿Puede la Comunicación Masiva Cambiar la Opinión Pública?". Editorial Publigráfics, S. A. México. 1983. (Tomado de Peña Herborn, Jorge. Op. Cit.)

⁴⁴ Ibíd.

⁴⁵ Citado en London, Scott. “How the Media Frames Political Issues”. 1993.

<http://www.west.net/insight/london/frames.htm>

⁴⁶ London, Scott. Op. Cit.

⁴⁷ McCombs y Shaw (1972). Citado por Peña Herborn, Jorge. Op. Cit.

torno a ello, y de manera figurativa, estos autores opinan que “los medios masivos de comunicación son muchas veces las dóciles amas de llaves de los poderosos”⁴⁸

Relacionado directamente con el papel de los medios de comunicación con respecto a la opinión pública, Sartori expone que los beneficios de la competencia y de la descentralización de los medios de comunicación de masas son predominantemente mecánicos y de dos tipos:

- Una multiplicidad de persuasores refleja en sí misma una pluralidad de públicos, lo que a su vez, se traduce en una sociedad pluralista.
- Un sistema de información del tipo de mercado es un sistema autocontrolable y alerta, pues cada canal está expuesto a la vigilancia de otros.

Ambos tipos, este último autor, los relaciona con la virtud democrática del *modelo de cascada* de formación de la opinión: que cada “depósito” remodela competitivamente los mensajes que recibe, independientemente de los otros y en su forma peculiar.

En cuanto al encuadre que los medios de comunicación hacen de los asuntos políticos, cabe volver a señalar que “*las noticias y la información no tienen valor intrínseco a menos que se les ubique en un contexto con significado, que lo organice y le de coherencia*”⁴⁹, donde muchas veces estos medios dan forma al modo en que el público entiende las causas y las soluciones de un tema determinado, lo cual -para Rivadeneira Prada- tiene que ver con los códigos que asume el lenguaje y la forma cómo se estructuran y presentan los mensajes, además de que la propaganda, la manipulación y el rumor sean, muchas veces, los componentes fundamentales del proceso comunicativo⁵⁰.

En relación con ello, es conveniente recordar las palabras de Foucault:

“El discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse”⁵¹

Otro tema importante es lo que podría denominarse como *objetividad periodística*. Una primera aproximación al tema puede ser la diferenciación planteada por London entre objetividad y justicia⁵². La primera estaría relacionada con la presentación en los medios de puntos de vista opuestos, y la segunda implica lo anterior pero de forma balanceada, es decir teniendo en cuenta las proporciones que cada punto de vista asume en la realidad. Seguidamente, el problema que se puede plantear a esto último, es cómo producir este *balance*, cómo determinar en qué grado se está reflejando la realidad. Este tema, si bien es profundo no puede ser tocado aquí porque habría que dar cuenta de las distintas formas de ‘medir’ la opinión pública -lo que se conoce como mercadotecnia de las encuestas de opinión-, analizando cuestiones como la definición del objetivo de una encuesta, la determinación de su universo, la definición y el tamaño de la muestra tomada, la selección de

⁴⁸ Paletz y Entman “*Media Power politics*”. 1993. Citado por London, Scott. Op. Cit.

⁴⁹ Peña Herborn, Jorge. Op. Cit.

⁵⁰ Al respecto puede consultarse a Rivadeneira Prada, Raúl. Op. Cit.

⁵¹ Foucault, Michel “*El orden del discurso*”. Tusquets editores, Argentina. 4ta. Edición, 1992. Pág. 12

⁵² London, Scott. Op. Cit.

técnicas a utilizar, la elaboración de los cuestionarios y el modo de aplicarlos, entre otras cosas⁵³.

Acerca de las consecuencias políticas de los medios de comunicación en la opinión pública puede pensarse que, a medida que los medios de comunicación de masas van ganando terreno, también lo hace la brecha entre lo que los medios ‘cubren’ de la realidad efectivamente y la conciencia crítica⁵⁴ que debería forjarse entre las personas y grupos que conforman la opinión pública. Tal es así que en muchas sociedades el término política queda –mediáticamente- reducido a campañas, elecciones y asuntos de gobierno, lo que llevó a Burstein -refiriéndose a la necesidad democrática de los debates públicos en Estados Unidos- a expresar que “*somos tomados muy en serio como consumidores, pero no tanto como ciudadanos.*”⁵⁵

La opinión pública y “la política”

El enfoque que aquí se sugerirá pretende entrever un espacio teórico todavía en penumbra: cómo proyectar analíticamente la opinión pública en el contexto de gobiernos de facto, autoritarios.

Cabe, preliminarmente, dar dos puntos de vista acerca de “la política”⁵⁶. Por un lado, se encuentra una versión *beligerante* que reconoce a la fuerza como fundamento del orden político y árbitro de los conflictos de poder. Por el otro lado, se puede advertir una visión *legalista* de la política orientada al orden, que apela, en primer lugar, al fundamento legal como regulador de conflictos, y sólo en un segundo -y residual- plano, al uso de la fuerza. Estas versiones -planteadas a modo esquemático- corresponden a dos tipos ideales, por lo tanto no se encuentran expresadas en la realidad en su forma pura, lo que indirectamente lleva a pensar que los regímenes que podríamos asociar a una u otra versión se instrumentan a partir de distintos grados de ambas.

Entre los regímenes asociados a la primer versión pueden mencionarse a los totalitarios, autoritarios, tradicionales, en todos los cuales prima un fundamento tutelar, que opera esencialmente con la abolición de la libertad de expresión, de reunión, de organización y de prensa. En esta versión, la ciudadanía aparece excluida -o semi excluida- de la participación política o de su función crítica con miras a la responsabilidad del desempeño político.

Las expresiones prácticas que se relacionan con la visión legalista de la política, serían las distintas variantes que asumen los regímenes democráticos: elitista, antielitista, pluralistas o económicos, consociativos o competitivos, participativos o delegativos. En lo que atañe al estudio de la opinión pública, todos estos tipos democráticos deben ser portadores de condiciones mínimas, o prerequisitos, como el policentrismo informativo, la libertad de asociación, etc.

⁵³ Véase Rivadeneira Prada, Raúl. Op. Cit.

⁵⁴ En el próximo capítulo será profundizado el concepto de *crítica social..*

⁵⁵ Citado en London, Scott. Op. Cit.

⁵⁶ La distinción teórica entre ambas visiones de la política corresponde a G. Sartori “*Teoría de la democracia I. El debate contemporáneo*”. Cap. III.2 Política proclive a la guerra versus política propensa a la paz. Editorial Rei, Argentina. 1990. Págs. 64 y ss.. Aunque también han sido tomadas algunas conclusiones al respecto de Menéndez, María Cristina “*Política, Opinión pública y medios de comunicación*”. IV Congreso Nacional de Ciencia Política. Sociedad Argentina de Análisis Político, 17 al 20 de noviembre de 1999.

A partir de esta simple división que reconoce distintos “fundamentos” de la política, puede entreverse una -igual de esquemática- división entre opinión pública *heterónoma* y *autónoma*.

Desde de la versión beligerante o tutelar de la política se pueden explicar los alcances teóricos de la opinión pública heterónoma (aquella sometida a un poder extraño que le impide el libre desarrollo de su naturaleza -es decir en la sociedad civil-). Es en los régimenes totalitarios donde este tipo de opinión pública se ha manifestado con mayor claridad, llegando inclusive a abarcar los límites del ámbito privado⁵⁷. Las características distintivas son una estructura de comunicación de masas unicéntrica, la utilización de los medios de socialización como propaganda del Estado, el control absoluto de la disidencia política y la vigilancia de los diferentes aspectos del desarrollo cultural y educativo de una sociedad determinada, entre otros.

En síntesis, la opinión pública heterónoma es una opinión ‘en’ el público y no ‘del’ público, de esta manera, está imposibilitada de cumplir su esencial *función crítica*, que implica necesariamente alguna distancia -que siempre es relativa- de las estructuras de poder y de los canales por donde éste fluye:

“La crítica social es una actividad tan común -tantas personas, de una u otra forma participan en ella- que desde el principio debemos sospechar que no es consecuencia del descubrimiento o la invención filosóficos.../...Sin duda las sociedades no se critican a sí mismas: los críticos sociales son individuos, pero también son, la mayor parte del tiempo, miembros que se incorporan al habla y cuyo discurso constituye una reflexión colectiva sobre las condiciones de la vida colectiva.../...La crítica exige distancia crítica.../...No está claro, empero, cuánta distancia hay que poner para que sea crítica.../...La opinión convencional es que debemos colocarnos fuera de las circunstancias comunes de la vida colectiva. La crítica es una actividad externa; lo que la hace posible es el apartamiento radical, y esto en dos sentidos. Primero, los críticos deben estar emocionalmente apartados, separados con violencia de la intimidad y la calidez de la pertenencia: desinteresados y desapasionados. Segundo, los críticos deben estar intelectualmente apartados, separados con violencia de los modos parroquiales de entender a su propia sociedad: imparciales y objetivos”⁵⁸.

El enfoque legalista de la política, nos lleva a la explicación de una opinión pública autónoma, caracterizada por el ejercicio de la libertad de expresión de los ciudadanos, la variedad de las fuentes de información y la autonomía asociativa. Desde esta óptica cabe mencionar que “el nexo entre la opinión pública y la democracia es totalmente evidente: la primera es el fundamento esencial y operativo de la segunda”⁵⁹. Sartori llega a plantear que la

⁵⁷ “La privación de lo privado radica en la ausencia de los demás; hasta donde concierne a los otros, el hombre privado no aparece y, por lo tanto, es como si no existiera”. Arendt, H. “La condición humana”. Paidós. Primera Edición, Barcelona, 1974. Pág. 67.

⁵⁸ Walzer, Michael “Interpretación y crítica social”. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 1993. Págs. 39-40.

⁵⁹ Sartori, Giovanni “Elementos de Teoría Política”. Op. Cit. Pág. 152

soberanía popular se sustenta y hace factible a partir de la opinión pública, y esta, lo hace de un cierto grado de consenso, el cual está referido a un conjunto de valores de fondo y reglas de juego del sistema político compartidos. “El consenso de la opinión es un ‘idem sentire’ generalizado, un estado de sintonía, o bien de ausencia de sintonía”⁶⁰.

El mismo Sartori atribuye ciertas nociones a la autonomía de la opinión pública como la autosuficiencia, la libertad, la independencia, etc, las cuales son relativas y no solamente por la única opción que ve Sartori, es decir por el control del Estado de los instrumentos de socialización y de comunicación. Esta visión, excesivamente estatista, puede ser útil para enfoques históricos, sobre todo los referidos al período entre guerras, sin embargo hoy existen diversas fuerzas que condicionan de múltiples maneras tal autonomía, entre las que se encuentran no solamente el poder económico, sino fundamentalmente el creciente poder de la internet.

Para Sartori las condiciones que permiten la existencia de una opinión pública relativamente autónoma son:⁶¹

- Un sistema educativo que no sea un sistema de adoctrinamiento.
- Una estructura global de centros de influencia e información plural y diversa.

El argumento principal es que una opinión pública libre deriva de y se apoya en “una estructura policéntrica de los medios de comunicación y el interjuego competitivo de estos”.⁶² Por el contrario, un sistema unicéntrico de propaganda totalitaria es un “sistema cerrado”. Al respecto Sartori cree que cuanto más hermético es el cierre y la impermeabilidad, mayor es la eficacia⁶³, puesto que la obstrucción de salidas, junto a la censura de todos los mensajes procedentes del mundo externo, es condición esencial, porque los parámetros exteriores y las bases externas de comparación no sólo socavan “la única verdad”, sino porque impiden la mentira total, o el silencio total (los dos son complementarios) mientras que en los sistemas cerrados la mentira sin trabas y el impedir la difusión de ciertas noticias son prácticas habituales.⁶⁴

Por lo tanto, los sistemas de propaganda unicéntricos están obligados a conseguir una expansión altamente uniforme de opiniones en el público. Con ello, las opiniones no pueden aunar fuerzas porque tienen que vivir aisladas, en silencio y en lugares inofensivos. De esta manera lo que sobrevive de una opinión pública genuina es sólo su componente más primitivo y estático.

Para Sartori un pluralismo de los medios de comunicación “contrapesado” plantea, y hasta cierto punto resuelve, el problema de la autonomía de la opinión pública. Esto es así para el autor dado que él cree que todo el edificio de la democracia descansa fundamentalmente en la relativa imparcialidad, juego limpio o corrección de la información

⁶⁰ Ibíd.

⁶¹ Sartori, Giovanni “Teoría de la democracia I. El debate contemporáneo”, Op. Cit. Pág. 134.

⁶² Ibíd.

⁶³ Al respecto tengo, personalmente, muchas dudas. No sólo porque hay que relativizarlo de sociedad a sociedad con precisión para poder afirmar algo semejante, sino que –así planteado- no resiste ni siquiera su crítica contraria que podría ser que cuanto más cerrado y hermético es el sistema, habrá más fuerza y presión para quebrarlo, lo cual se enlaza con que a mayor abundamiento, la monotonía del bombardeo propagandístico puede producir saturación, apatía y a la larga también rechazo.

⁶⁴ Nótese la concordancia conceptual acerca de “la mentira” en los sistemas totalitarios entre los escritos de Sartori y Arendt.

suministrada al público⁶⁵. Sin embargo, la opinión pública, por ser una zona de contacto y función crítica entre lo público y lo privado, se transforma constantemente. Algunos de los factores motores de tal transformación son las modificaciones del gobierno representativo y el aumento de la importancia relativa de los medios de comunicación modernos. Tal es así que más allá de esta lectura bipolar de tipos de opinión pública, pueden encontrarse intersticios que someten todo estudio, acerca de sus alcances, a múltiples cuestiones.

Un ejemplo de cómo la autonomía⁶⁶ de la opinión pública varía a partir de la mutación de la representación política, ha sido el traspaso de una opinión pública ligada a los partidos políticos, en el modelo de “democracia de partidos”, que sólo dividía a las opiniones entre las del partido gobernante y de la oposición, a una opinión pública ligada a los comportamientos políticos contemporáneos como la personalización de la política y la americanización de las campañas electorales, todo lo cual se encuadra en un nuevo modelo denominado “la democracia de lo público”⁶⁷.

Otro tema que cobra importancia, al hacer una revisión teórica de los aspectos que unen el concepto de opinión pública con “la política”, tiene que ver con el entendimiento que se le da a los condicionamientos -reales- de su autonomía. Los puntos de vista que se erigen en torno a este problema pueden ser esquematizados como el *pluralista* y el *marxista*⁶⁸.

Los pluralistas, al ver la sociedad como un complejo de grupos de intereses en competencia, en el que ninguno de ellos predomina permanentemente, interpretan a los medios como organizaciones que gozan de un importante grado de autonomía respecto del Estado, de los partidos políticos y de los grupos de presión. Al público se lo concibe como capaz de manipular los medios según la naturaleza de sus necesidades y disposiciones. Los valores plurales de la sociedad le permiten, al ciudadano, optar por el conformismo o la rebelión. Por su parte, la crítica marxista, al considerar la sociedad capitalista como de dominación de clase, entiende que el contexto donde operan los medios está marcado por el dominio de ciertas clases, pues, para ellos, los monopolios capitalistas son los que ejercen en última instancia el control de los medios, los cuales, por ello, absorben -sino no subsisten- las estructuras interpretativas correspondientes a los intereses de las clases dominantes.

A partir de cada uno de estos puntos de vista, se han erigido corrientes revisionistas. Por ejemplo, el enfoque marxista, fue perdiendo la pretensión de centralidad que le daba a la confrontación de clases y el status económico de las empresas de medio al explicar la no neutralidad de la opinión pública, dándole mayor importancia a la ideología, los valores individuales, las fuentes y los recursos discursivos de los periodistas. Desde el otro ángulo los pluralistas revisan sus teorías a partir de argumentos clave como la desigualdad entre grupos y clases con respecto al acceso a los medios y sus disímiles recursos cuando se trata de generalizar intereses y posiciones, entre otros.

⁶⁵ Sartori, Giovanni “Teoría de la democracia I. El debate contemporáneo”, Op. Cit. Pág. 138.

⁶⁶ Téngase en cuenta, sobre este punto que a lo largo de este trabajo se considerará que, en el mundo real, la “autonomía” de la opinión pública, es un concepto relativo. Sartori lo explica de esta manera: “cuando afirmamos que en las democracias el público se forma una opinión propia de la cosa pública, no afirmamos que el público lo haga todo por sí mismo y solo. Sabemos muy bien, por lo tanto, que existen ‘influyentes’ e ‘influidos’, que los procesos de opinión van desde los primeros a los segundos, y que en el origen de las opiniones difusas están siempre pequeños núcleos de difusores.” Sartori, Giovanni. “Elementos de Teoría política”. Op. Cit. Pág. 155.

⁶⁷ Menéndez, María Cristina. Op. Cit.

⁶⁸ Ambos destacados por Menéndez, María Cristina. Op. Cit.

CONTEXTO HISTÓRICO

La década de los sesenta en el mundo y Latinoamérica

“Por distintas razones, los políticos, funcionarios e incluso muchos hombres de negocios occidentales durante la posguerra estaban convencidos de que la vuelta al laissez-faire y a una economía de libre mercado inalterada era impensable. Determinados objetivos políticos -el pleno empleo, la contención del comunismo, la modernización de unas economías atrasadas o en decadencia- gozaban de prioridad absoluta y justificaban una intervención estatal de máxima firmeza. Incluso regímenes consagrados al liberalismo económico y político pudieron y tuvieron que gestionar la economía de un modo que antes hubiera sido rechazado por “socialista”.⁶⁹

Hacia los años '60 Europa había acabado dando por sentada su prosperidad, en un marco donde los economistas empezaron a admitir que la economía en su conjunto continuaría creciendo de forma explosiva. De hecho, Hobsbawm caracteriza al a los años '60 como “los años dorados” pensando, fundamentalmente, en las realidades de los países capitalistas desarrollados. En este sentido, informes de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, muestran que a lo largo de las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, estos países representaban alrededor de tres cuartas partes de la producción mundial y más del 80% de las exportaciones de los productos elaborados⁷⁰.

Aunque en los años '50 el crecimiento de la Unión Soviética era más alto que el de cualquier país occidental (e incluso superó un poco a las restantes economías de Europa oriental, con excepción de la Alemania comunista), en los '60 el bloque del Este perdió su opulencia. A lo largo de estos años, se hizo evidente que era el capitalismo, más que el socialismo, el que se estaba abriendo camino. Sin embargo, pese a todo, la “edad de oro” fue un fenómeno de ámbito mundial, la población del llamado “Tercer Mundo” creció también un ritmo espectacular: la cifra de los habitantes de África, Extremo Oriente y Sur de Asia se duplicó con creces los 35 años transcurridos a partir 1950, y las cifras de habitantes de América Latina también aumentó, al tiempo que la esperanza de vida se prolongó una media de siete años, e incluso 17 años si se comparan los datos de finales de los '30 con los de finales de los '60.⁷¹

Hobsbawm cita que la producción de alimentos aumento más de prisa que la población (lo cual sucedió tanto en las zonas desarrolladas como en las principales regiones del mundo no industrializado). En los años '60 aumentó más de un 1 % per cápita en todas las regiones de los países “en vías de desarrollo” e, inclusive, en América Latina este crecimiento fue algo mayor. Tanto en los '50 como en los '60 el crecimiento de la producción total de los países pobres aumentó más deprisa que en los países desarrollados⁷².

Para reafirmar lo dicho anteriormente caben destacar los estudios de Sumers, Kravis y Heston. Estos autores afirman que las tasas promedio de crecimiento anual del PBI real entre

⁶⁹ Hobsbawm, Eric. “Historia del Siglo XX”. Editorial Crítica. Argentina, 1998. Pág. 275.

⁷⁰ Ibíd. Pág. 262.

⁷¹ Ibíd. Pág. 263.

⁷² Ibíd.

1950 y 1980 fueron las siguientes: 3,9 % para los países del Tercer Mundo que partieron de un nivel bajo; 5,8 % para los países del Tercer Mundo que partieron de niveles intermedios, 5,4 % para las economías planificadas, y 4,1 % para las economías industriales. Además el crecimiento promedio fue del 4,4 % anual para las economías de mercado, y 5,4 % para las economías planificadas⁷³.

La década del ‘60, sentó las bases para que el mundo industrial se expandiera tanto por los países capitalistas, como por los socialistas y los del Tercer Mundo.⁷⁴

“Entre 1960 y 1980, el PBI de los países de América Latina creció a un ritmo desenfrenado promedio del 5,2 por ciento mientras que en Europa oriental la tasa de crecimientos del producto material neto (PMN) superó el 6,0 por ciento. Varios países, incluidos Brasil y Rumania, conocieron períodos en que la producción industrial creció a una tasa de dos dígitos”⁷⁵

Otro aspecto notable de esta época fue la *revolución tecnológica*. En este sentido, la Segunda Guerra Mundial había demandado tanta alta tecnología que para los ‘60 la electrónica, la informática, las telecomunicaciones, los láseres y la industria espacial habían ganado terreno importante en la vida civil; con ello Hobsbawm resalta tres cosas⁷⁶: en primer lugar, que se transformó completamente la vida cotidiana en los países ricos e, incluso, en menor medida en los pobres, la radio llegaba ahora casi a todos lados, y con ello la revolución tecnológica penetró en la conciencia del consumidor hasta tal punto que la “novedad” se convirtió en el principal atractivo a la hora de vender; aunque cabría recalcar que en las economías socialistas, por múltiples factores, no tuvo un impacto en gran escala.

En segundo lugar, cuanto más aumentaba la complejidad de la tecnología en cuestión, tanto más complicado se hizo el camino desde el descubrimiento o la invención hasta la producción, trayendo como resultado que la investigación y el desarrollo sea crucial para el crecimiento económico y, por eso, la ventaja de las “económicas de mercado desarrolladas” sobre las demás se consolidó. Por último, las nuevas tecnologías empleaban en forma intensiva el capital y eliminaban mano de obra. La característica principal de la era de oro fue que necesitaba grandes inversiones constantes y que, en contrapartida, no necesitaba la gente, salvo como consumidores.⁷⁷

Sin embargo, como lo señala Hobsbawm, el ímpetu y la velocidad de la expansión económica fueron tales que último factor no resultó evidente, al contrario, la economía creció tan de prisa que hasta en los países industrializados, la clase trabajadora industrial mantuvo o, incluso, aumento, su porcentaje dentro de la población económica activa.

Los *aspectos culturales* también tuvieron gran importancia en los años dorados, lo cual a su vez se relaciona directamente con las transformaciones económicas y tecnológicas,

⁷³ Przeworski, Adam y otros. “Democracia sustentable”. Paidós. Buenos Aires, 1998 Pág. 19 – 20.

⁷⁴ Sin embargo, esta industrialización se hizo totalmente a espaldas de las cuestiones relacionadas con la contaminación o el deterioro ecológico. Hobsbawm menciona que los años 60 probablemente pasaron a la historia como el decenio más nefasto del urbanismo humano, lo cual se relaciona con el enorme aumento del uso de combustibles fósiles (carbón, petróleo, gas natural, etc.). Hobsbawm, Op. Cit. pág 265.

⁷⁵ Ibíd. Pág. 20.

⁷⁶ Hobsbawm. Op. Cit. Pág. 268-270.

⁷⁷ Ibíd. Pág. 269.

como, por ejemplo, que la revolución sexual de occidente comenzada en los años ‘60 fue posible gracias a los nuevos antibióticos y anticonceptivos⁷⁸.

En la práctica la edad de oro fue la del libre comercio, libertad del movimiento de capitales y la estabilidad cambiaria, lo cual –además- tiene estrecha relación con el famoso “Plan Marshall”, por el cual la economía capitalista mundial se desarrolló en torno a los Estados Unidos. Con ello empezó a aparecer una economía cada vez más trasnacional⁷⁹, lo cual podía visualizarse a partir de tres factores: la dinámica de las compañías trasnacionales o multinacionales, la nueva división internacional del trabajo y el surgimiento de actividades offshore (extraterritoriales) en paraísos fiscales⁸⁰.

Más específicamente, en el *ámbito latinoamericano* de los ’60, el triunfo de la revolución Cubana llevó a un crecimiento en el ámbito latinoamericano de la “guerra revolucionaria” que, consecuentemente, fue correspondida con una creciente “militarización” del lenguaje y de la vida política de la región.

Sin embargo, la revolución no tuvo la misma suerte en Cuba que en resto de Latinoamérica. La mayoría de los movimientos revolucionarios urbanos y rurales de la región fracasaron. En este sentido, los partidos comunistas latinoamericanos, por su fidelidad incondicional a la política de Moscú, promotor de la formación de ‘frentes’ nacionales y populares, alarmaron a las llamadas ‘oligarquías capitalistas’ que buscaron restaurar su dominación y bloquear, por el temor al castrismo, toda posibilidad de revolución propiamente comunista, exasperando así a las juventudes militantes que buscaron la salida por el camino de las guerrillas⁸¹.

Este fenómeno guerrillero latinoamericano, en el contexto internacional de la guerra fría, favoreció a los discursos de “seguridad nacional”, “anticomunismo” y “proyecto nacional” entre los militares, analistas políticos y los desarrollistas políticos y económicos. El gobierno estadounidense -con su Alianza para el Progreso-, promovió entre las Fuerzas Armadas latinoamericanas las mencionadas doctrinas de “seguridad nacional”, las cuales redefinían el papel del sector militar, incentivándolo y preparándolo para combatir el “enemigo interno”⁸². Esto implicaba la no intervención directa estadounidense, estableciendo una mucho más económica y menos riesgosa política de *low profile*.

Contexto histórico en Argentina

En *Argentina* el enfoque debe comenzar con el golpe militar asentado por la “Revolución Libertadora” en 1955⁸³. La razón fundamental de este punto de partida será que

⁷⁸ Ibíd. Pág. 273.

⁷⁹ Qué en palabras de Hobsbawm recién “en un momento dado de principio de los años setenta, esta economía trasnacional se convirtió en una fuerza de alcance mundial”. Hobsbawm Op. Cit. Pág. 280.

⁸⁰ Hobsbawm Op. Cit. Pág. 280-284.

⁸¹ Floria Carlos Alberto y García Belsunce Cesar A. “Historia de los argentinos”. Tomo II. Editorial Larousse. Argentina, 1992. Págs. 451-452.

⁸² Entre otros autores, quien destaca este aspecto como de crucial importancia en cuanto a la implantación de los regímenes burocrático autoritarios en Latinoamérica, es O’Donnell, Guillermo y Link Delfina “*Dependencia y autonomía. Formas de dependencia y estrategias de liberación*”. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1973. Pág. 71.

⁸³ Véanse los trabajos de O’Donnell, Guillermo. “*Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*.” Editorial Paidós. Argentina, 1997; O’Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C. y

los factores políticos claves del período estudiado como la proscripción del peronismo, el “empate” social, la “vigilancia militar” y la construcción, transformación y crisis de alianzas, entre otros, son procesos y como tales no podemos atribuirle una fecha cronológica de nacimiento. Sin embargo, existe consenso entre los autores en que con este golpe militar comienza una ‘nueva etapa’ en la historia política argentina⁸⁴.

En septiembre de 1955 el nuevo gobierno se presentó como provisional, lo que indicaba su decisión de restaurar el orden constitucional intentando algún tipo de vínculo con el proyecto de nación del peronismo. Dos meses después, Lonardi fue reemplazado por el general Aramburu, más afín a los sectores liberales y antiperonistas que el primero. Esto da comienzo a lo que Cavarozzi interpreta como “un periodo caracterizado por la inestabilidad política.../...con la repetición de un ciclo de ascenso, crisis y desintegración de gobiernos, tanto civiles como militares.../...en el cual cada ciclo se distinguía del anterior sólo por la violencia y el rigor acrecentado que provocaba”⁸⁵. El mismo autor, sugiere que en la etapa que va desde 1955 a 1966 los compromisos que representaba cada gobierno eran precarios, con lo cual se estableció una formula política “dual” que dio origen a un delicado equilibrio político, que Portantiero denominó como *empate sociopolítico*⁸⁶, el cual tiene que ver con las formas históricas de constitución de los actores sociales y con su grado de representación, a lo que cabría sumar los condicionamientos externos.

Cavarozzi explica que en este periodo cada gobierno, sea civil o militar, estaba signado por una evidente heterogeneidad en su interior, lo cual O'Donnell analiza a partir de situaciones económicas objetivas que en teoría favorecían a la formación de una alianza entre lo que él denominó la gran burguesía urbana y la burguesía pampeana, pero que fracasa en el ámbito político social al enfrentar lo que este autor denomina una alianza defensiva entre el sector popular y el sindical, por una parte, y las fracciones débiles de la burguesía urbana, por la otra⁸⁷. Cavarozzi explica desde otra óptica este período exponiendo que predominaba un

Whitehead, Laurence “*Transiciones desde un gobierno autoritario / 2*”. Capítulo 2, “*Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955*” (Marcelo Cavarozzi). Págs. 37 a 78. Op. Cit.; O'Donnell, Guillermo. “*El estado burocrático autoritario: Argentina, 1966-1973*” Op. Cit.; Cavarozzi, Marcelo “*Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955*” en O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C. y Whitehead, Laurence Op. Cit. Capítulo 2.; Cavarozzi, Marcelo “*Autoritarismo y democracia (1955 – 1983)*”, Editorial Centro Editor de América Latina. Argentina, 1987; Rouquié, Alain “*Poder militar y sociedad política en la Argentina*”, Tomo 2. Editorial Hyspamérica. Argentina, 1986; y Lázara, Simón. “*Poder militar: origen, apogeo y transición*”. Editorial Legasa. Argentina, 1988.

⁸⁴ No obstante, es necesario comprender el proceso histórico por el cual el régimen peronista, a partir de 1951-52 se va transformando. Contribuyeron a esto múltiples factores que aquí no pueden ser analizados. Véase Rouqué, Alain. Op. Cit. Pág. 99 y ss.

⁸⁵ O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C. y Whitehead, Laurence “*Transiciones desde un gobierno autoritario / 2*”. Capítulo 2, “*Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955*” (Marcelo Cavarozzi). Op. Cit. Pág. 37.

⁸⁶ Portantiero, Juan Carlos “*La consolidación de la democracia en sociedades conflictivas*”, en Aguiar, César A. “*Escenarios políticos y sociales del desarrollo latinoamericano*”. Editorial Eudeba-Naciones Unidas (UBA / CEPAL). Argentina. 1986. Pág. 120

⁸⁷ A lo largo del presente capítulo serán utilizados las siguientes definiciones de O'Donnell, Guillermo “*Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización.*” Op. Cit. Págs. 32-33:

- **Burguesía doméstica:** conjunto de fracciones de la burguesía urbana que controla empresas de propiedad total o mayoritariamente nacional. Se excluye a las subsidiarias de empresas transnacionales radicadas localmente y a la **burguesía agraria** o **burguesía pampeana**. Esta burguesía doméstica incluye desde las capas más débiles y plenamente nacionales de la burguesía urbana hasta empresas oligopólicas e íntimamente conectadas con el capital internacional.
- **Gran burguesía** (urbana): conjunto formado por las filiales de empresas transnacionales y por esa “capa superior” de la burguesía doméstica. “Abajo” de la gran burguesía queda la “burguesía local” o “débil”, formada por capitalistas que controlan empresas no oligopólicas, de menor tamaño y de

estilo de funcionamiento social tal que los procesos económicos, culturales e institucionales fueron regularmente autónomos respecto de las medidas del gobierno de turno. Todo esto lleva a este último autor a caracterizar este ciclo como de gobiernos “débiles” donde primaba un régimen político “semidemocrático”, caracterizado por la *proscripción del peronismo* y el *tutelaje militar*.

En un sistema político dual, signado por la dialéctica peronismo - antiperonismo, los diferentes actores eran relativamente incapaces de canalizar sus intereses y orientaciones por vías de acuerdos. La proscripción obligaba al movimiento peronista a actuar desde “afuera”, tratando de generar alianzas informales que, eventualmente, asfixiaron a los gobiernos de turno.

El régimen peronista fue caracterizado por la Revolución Libertadora como contrario a la libertad y la democracia, como un “peligroso totalitarismo”. Es así que ésta se proponía erradicar dichos elementos “totalitarios” para garantizar un sistema parlamentario y de partidos “legítimos”. Esto, lógicamente, provocó un redimensionamiento político a gran escala (con la mayor parte del electorado ausente), que fue un proceso convulsivo y frustrante para los distintos grupos, tanto peronistas como no peronistas. Los primeros, por encontrarse excluidos; los segundos, por ser incapaces de coordinar sus fuerzas.

Ahora bien ¿cuáles son los elementos que nos permiten analizar la vida política en este periodo de gobiernos débiles?.

El primer elemento, fueron los *desequilibrios significativos entre intereses socioeconómicos y bloques políticos*. La Revolución Libertadora tuvo consenso, fue apoyada por un amplio frente antiperonista constituido por diferentes partidos, representantes corporativos e ideológicos de la clase media, la burguesía urbana y pampeana, las FF.AA. y la Iglesia.

Como sostiene Cavarozzi, los antiperonistas creían que sus contrarios habían seguido a Perón como resultado de la demagogia, el engaño y la fuerza. En consecuencia, supusieron que la simple denuncia de los “crímenes de la dictadura”, la proscripción electoral del peronismo y la reeducación colectiva permitiría la reabsorción gradual de los ex peronistas en partidos y sindicatos “democráticos”. Pero se equivocaron: el peronismo sobrevivió y se convirtió en un vigoroso movimiento opositor⁸⁸.

La consecuencia de la exclusión del peronismo fue la disociación entre la sociedad y el funcionamiento de la política, llevando al lento surgimiento del ya mencionado sistema político dual. Modos extra institucionales de actividad política competían con las formas “semidemocráticas” permitidas en la arena política.

menor densidad de capital que la de la gran burguesía y que, además, no suelen tener conexiones directas con el capital internacional –que las fracciones más débiles de la burguesía sean también las más “nacionales” es característico del “desarrollo asociado” de los capitalismos más “avanzados” de América latina-.

• **Sector popular:** la clase obrera y las capas empleadas y organización a nivel nacional de los sindicatos y federación de sindicatos obreros y de sectores medios.

⁸⁸ O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C. y Whitehead, Laurence “*Transiciones desde un gobierno autoritario / 2*”. Capítulo 2, “*Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955*” (Marcelo Cavarozzi). Op. Cit. Pág. 43-44.

Es importante destacar que este “bloque antiperonista” -como señala O’Donnell- tiene sus raíces en una sociedad con sectores populares importantes y altamente homogéneos, lo que a su modo de ver facilita la conformación de una “*alianza defensiva*”⁸⁹ que desestabilizó, desde fuera del marco político oficial, a todos los regímenes militares y civiles del período. Sus herramientas fueron la presentación de exigencias económicas que contradecían políticas de estabilización (lanzadas por los gobiernos tanto de la Revolución Libertadora como de Frondizi y Guido), el apoyo a candidatos antioficialistas en las elecciones nacionales, provinciales y municipales, etc. Hay que subrayar, al mismo tiempo, que como los sectores populares ejercían presión a través de canales extra institucionales el movimiento sindical peronista se transformó en la expresión organizada de este sector, lo cual, además, le agregó autonomía a sus filas.

A este estado de disociación se añadió que, aunque al principio el bloque social que se oponía a los sectores populares se expresó a través de los militares “democráticos” y de los partidos no peronistas, gradualmente estos dos últimos se fueron convirtiendo en antagonistas. Los primeros comenzaron a preferir los regímenes “autoritarios” y los segundos se opusieron porque su razón de ser dependía de un sistema parlamentario-democrático con un mínimo de libertades públicas. Este era el nudo detrás del debate sobre cómo erradicar el peronismo. Así, las posiciones iban desde el “integracionismo”, que quería reabsorber gradualmente a un peronismo sin Perón, hasta el “gorilismo”, que exigía la extirpación total del peronismo de la sociedad argentina.

En segundo lugar, los partidos no peronistas se convirtieron en el filtro principal de dos controversias que surgieron tras caer Perón en 1955: ¿cómo erradicar el peronismo y qué modelo socioeconómico implantar?. Por todo esto, este frente antiperonista victorioso en 1955 y unido en torno del propósito de destruir al régimen peronista (tanto desde el punto de vista político como socioeconómico), colapsó en el momento de ejercer el poder; fragmentándose irreconciliablemente entre populistas reformistas, desarrollistas y liberales.

Con los peronistas excluidos, los dos partidos radicales eran las únicas fuerzas electorales significativas a fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960. La posición liberal, a pesar de tener un programa claro que atraía a la burguesía (erradicar al peronismo y sus sindicatos, reducir la intervención gubernamental y eliminar las industrias ineficientes), carecía de la posibilidad de ganar votos a través de un Partido Conservador fuerte. Por lo que no tenía otra alternativa que elegir entre los programas de los partidos populistas reformistas (UCRP) y los del desarrollismo⁹⁰ (UCRI), los cuales combinaban política y economía de una manera contradictoria e insatisfactoria. Concordaba con los primeros en el ámbito de la lucha

⁸⁹ Que asumió las siguientes características: la “*alianza defensiva*” fue esporádica pero recurrente porque sus vínculos se articularon coordinadamente siempre que el círculo político-económico parecía afectarla directamente; fue netamente defensiva, surgió, contra la “alianza gobernante” (“gran burguesía urbana” y “burguesía pampeana”) y, además de anular sus proyectos, tuvo éxito en evitar que ésta última pueda trabajar unida; era esencialmente policlasista (incluía al sector popular, básicamente obrero y la “burguesía débil”), nacionalista, capitalista; con burguesía “progresista” y sectores populares con acceso a recursos y medios de difusión; sus triunfos y derrotas siempre fueron provisionales, con lo cual se agudizaron los conflictos, los cuales condujeron a su fortalecimiento empujando a la gran burguesía a acercarse a ellos y, consecuentemente, abandonar a la burguesía pampeana. O’Donnell, Guillermo. “*Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización.*” Op. Cit. Págs. 59-64.

⁹⁰ Véase Nosiglia, Julio E. “*El Desarrollismo*”. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983; Rodríguez Lamas. “*La presidencia de Frondizi*”. Editorial CEAL, 1984; Potash, Robert “*El ejército y la política en la Argentina*” tomo II. Editorial Hyspamérica. Argentina, 1986; Vieyra, Juan Cruz “*Frondizi y el Desarrollismo*”. Trabajo presentado en la Universidad Católica de La Plata. La Plata. 1999.

contra el peronismo y sus sindicatos, pero chocaban en cuanto a las medidas económicas. Concordaba con los segundos en el ámbito económico pero chocaban en la forma de enfrentar al peronismo. Derrotar al peronismo no resolvió sus problemas políticos: tuvieron que elegir entre dos males menores.

Cuando los liberales priorizaron sus intereses económicos, en el período 1959-1961, formaron alianzas inestables con los desarrollistas. Con ellos coincidían en las medidas económicas de corto plazo pero se diferenciaban en las de largo plazo. De igual manera, no apoyaron a la UCRP durante 1956 y, principalmente, entre 1963 y 1966. Por lo tanto, los vaivenes de los liberales desasociaron a los antiperonistas, aunque sin poder influir en el curso político y económico. Lograron imponer programas de estabilización abandonando sus objetivos a largo plazo y proscribieron al peronismo sin poder controlar el régimen semidemocrático que fundaron.

Por eso, los liberales fueron tomando conciencia de que sus vaivenes no le permitían lograr sus objetivos y adoptaron una estrategia abiertamente antidemocrática: eliminar las mediaciones políticas, los partidos y los mecanismos parlamentarios que impedían la instrumentación del programa liberal. Así, entre 1964 y 1966 pensaron que para alcanzar sus objetivos políticos y económicos tenían que cortar sus lazos con los partidos no peronistas.

El segundo elemento fue *la formación de un nuevo movimiento sindical peronista, con creciente autonomía*.

El objetivo de la Revolución Argentina fracasó completamente. Sin embargo, tuvo consecuencias significativas para la sociedad argentina: cambió el movimiento obrero después de 1955. Se modificó el estilo del control político de la clase trabajadora establecido durante la época peronista, ahora los líderes peronistas que habían controlados a los sindicatos hasta 1955 fueron desplazados y, también, el fracasado proyecto militar permitió un movimiento sindical peronista distinto, más independiente de Perón y con su propia estrategia política.

Aunque ni Perón ni el peronismo desaparecieron de después de 1955 (pues emergió como el “símbolo” del retorno a un pasado mejor), la autoridad del “Líder” enfrentó abiertos desafíos: ya no podía ni apelar directamente a las masas populares ni controlar a los líderes peronistas, que generaron sus propias bases de poder, adquiriendo la habilidad de negociar con grupos no peronistas (partidos, militares y organizaciones empresariales).

No obstante, el retorno de la Argentina peronista, se transformó en un mito que le permite a los líderes sindicales dirigirse a los trabajadores como peronistas, salvando así una base para su identidad colectiva, adhiriendo a un objetivo político que, en el período abordado, era considerado inalcanzable por todos los actores políticos (incluso los peronistas), liberándolos de la responsabilidad de reconocer las consecuencias y los corolarios políticos más concretos de su estrategia. Tal reconocimiento los forzó a moderar sus propios reclamos económicos. Es decir, el sindicalismo peronista tenía objetivos políticos y económicos entrelazados, que no impidieron defenderse exitosamente de los programas de estabilización económica que incluían reducciones de salarios, entre otras cosas.

Las prácticas políticas del movimiento sindical combinaban una pauta de penetración esporádica en los mecanismos de la representación parlamentaria (los líderes sindicales no

podían influir en el comportamiento electoral de los trabajadores), con un proceso de desgaste a largo plazo: quitarle legitimidad política a los regímenes anti-peronistas.

En síntesis, los gobiernos del período 1955-66, civiles y militares, sufrieron una paradoja: al proscribir al peronismo terminaron incrementando la capacidad de la clase obrera para obtener concesiones mediante el quebrantamiento de las reglas formales del sistema. Esto persuadió a los militares para que depusieran regímenes civiles o se retiraran desde el poder.

La estrategia sindical peronista tenía la ventaja de que su poder se materializaba a través de las acciones de otros grupos, permitiéndoles disociarse de las consecuencias indeseables de los repetidos ciclos de golpes militares y retiradas desde el poder entre 1955 y 1966. Aunque esto llevó a conflictos que produjeron cambios en la misma posición sindical y también le impedía al sindicalismo comprender la crisis estructural de la economía argentina desde fines de la década de 1940. Aunque el movimiento sindical tuvo éxito durante la década de 1950 y principios de la de 1960, no pudo revertir la transformación de la economía argentina que comenzó en 1959.

Por último, el tercer elemento fue *la entrada en la arena política de los militares*. Al principio solo como tutores de los regímenes semidemocráticos y, más adelante, constituyéndose en artífices únicos y excluyentes de la administración de los asuntos públicos.

A partir del golpe, los líderes militares cambiaron su pauta de intervención en la política al proponer institucionalizar regímenes no democráticos permanentemente controlados por las FF.AA. Aún así, fueron modificando gradualmente esta pauta de intervención. Desarrollaron un estilo de intervención tutelar de la “democracia” basado en la exclusión del peronismo, el ejercicio del poder de veto respecto de las medidas e iniciativas políticas del gobierno constitucional establecido en 1958 y la imposición de sus propias preferencias. El peronismo y, después de 1959, el comunismo, fueron equiparados a la “antidemocracia” y era la “protección de la democracia” la justificación de su tutela⁹¹.

Sin embargo, a principios de los años ‘60 importantes sectores de las FF.AA. comenzaron a percibir que los beneficios obtenidos a través de la intervención tutelar no justificaban los costos involucrados ya que se veían obligados a elegir entre los programas de los partidos políticos antiperonistas, desgastaban su imagen tras cada asonada y no podían imponer sus propios objetivos. La fragmentación militar tuvo su clímax entre 1959 y 1963 con las luchas armadas entre los “azules” y “colorados”. La victoria de los primeros y la emergencia de su líder, el general Onganía, como el hombre fuerte del ejército, llevo al abandono de la práctica de “intervención tutelar”.

Desde la administración de Illia, los militares dejaron de interferir en el gobierno para “profesionalizarse” y desarrollar la doctrina de la “seguridad nacional” según la cual las

⁹¹ “El contexto internacional deformaba y dramatizaba los enfrentamientos propiamente argentinos; justificaba, en el plano profesional, la intrusión de los militares en la vida política. En efecto, la lucha contra la ‘subversión comunista’, contra un enemigo interno en consecuencia, legitimaba el poder militar borrando cualquier frontera entre la defensa nacional y el activismo político: La reformulación de los objetivos y de las hipótesis de guerra, desde 1955 pero sobre todo después de 1959, que convirtió al ejército guardián de las fronteras en garante del orden económico y social, permitió a los militares argentinos encontrar por fin una función de alcance internacional a la medida de su verdadero rol”. Rouquié, Alain. Op. Cit. Pág. 156.

FF.AA. tenían la responsabilidad exclusiva de interpretar los intereses nacionales, excluyendo a los partidos políticos y aboliendo las elecciones y los mecanismos parlamentarios. Para O'Donnell, esta doctrina contribuyó a que las Fuerzas Armadas ayudaran a mantener estrategias y sistemas de dominación⁹². Sin embargo, los resabios "nacionalistas" de las FF.AA. Argentinas generaban diferenciaciones con los patrones de dominación, a partir de las cuales se instrumentaron en nuestro país decisiones "heterodoxas"⁹³ entre las cuales cabe mencionar la retención por parte del Estado Argentino del sistema de comunicaciones vía satélite⁹⁴.

La decisión de los militares de terminar con la semidemocracia recibió el apoyo de los liberales y los peronistas. Los primeros, porque veían la posibilidad de fundar un régimen no democrático permanente y estable que solucionaba sus problemas, como ya vimos. Los segundos -especialmente la dominante corriente que seguía a Augusto Vandor-, porque consideraban la proscripción peronista como ya institucionalizada y, en consecuencia, el reclamo de una "intervención de los trabajadores en la futura orientación económica del país" sólo podía alcanzarse a través de canales no democráticos y los militares nacionalistas, estatistas y opuestos al gran capital, que condenaban al peronismo y al juego de los partidos, prometían un régimen político no parlamentario basado en una alianza entre las FF.AA. y los sindicatos. El paradójico apoyo de ambos grupos demuestra la ambigüedad de Onganía y la posibilidad - atractiva para los vandoristas- de establecer un régimen corporativo autoritario.

En la etapa que va desde 1966 en adelante predominaron los gobiernos que se autodefinían como "fuertes", que proponían cambios radicales en la política y la sociedad y que gozaban de importante apoyo popular; pero que en realidad profundizaron la dependencia de la sociedad argentina, no solo garantizando el crecimiento económico dependiente en beneficio de pocos mediante una aguda represión, sino también excluyéndola de toda participación popular real⁹⁵. El estrepitoso fracaso de estos gobiernos demostró que la sociedad podía bloquear a gobiernos autoritarios y represivos.

A partir de aquél año, los costos de impedir la consolidación de sistemas autoritarios excedieron con mucho los costos provocados por el dualismo político inestable del período precedente. En primer lugar, ahora los reformadores y los "revolucionarios" fueron mucho más radicales que sus predecesores. Predominaron los análisis "quirúrgicos", que identificaban diferentes enfermedades -crisis de autoridad (en la sociedad y en el Estado), inquietud laboral, falta de disciplina de clases, etc. La "cura" requeriría incisiones muy profundas. Entonces, la sociedad argentina fue sometida a "tratamientos" brutales, donde la represión estatal ilegal, el empobrecimiento drástico de la vida cotidiana para muchos grupos de la sociedad civil -debido al miedo existente en las relaciones interpersonales-, la destrucción de gran parte de la estructura productiva y el desmantelamiento de muchos circuitos básicos, culturales, profesionales, técnicos y académicos, fueron algunos de los "remedios".

⁹² Al respecto puede consultarse a O'Donnell, Guillermo y Link. Delfina. Op. Cit.

⁹³ Se llamará de esta manera a las decisiones de las Fuerzas Armadas Argentinas adoptadas en el contexto de vigencia de la doctrina de la "seguridad nacional" que no parecieron corresponderse con los intereses de los Estados Unidos. Al respecto, véase O'Donnell, Guillermo y Link. Delfina. Op. Cit.

⁹⁴ Otras que se pueden mencionar son el lanzamiento (luego frustrado) del llamado "Plan Europa" de reequipamiento militar; el debate sobre la utilización de uranio natural o enriquecido para Atucha; el no entorpecimiento de las investigaciones judiciales que se refieren al caso Swift-Deltec. Todas ellas citadas por O'Donnell, Guillermo y Link. Delfina. Op. Cit. Pág. 72.

⁹⁵ Véase O'Donnell, Guillermo y Link Delfina "Dependencia y autonomía. Formas de dependencia y estrategias de liberación". Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1973. Pág.

No obstante, estos análisis “quirúrgicos” eran reforzados por una sociedad que se concebía a sí misma como incapaz de producir soluciones consensuales entre grupos contrapuestos de intereses⁹⁶. Esta abdicación colectiva se vinculó con la creencia mítica de que los problemas se resolverían gracias a la aparición mágica de alguna fuerza o actor político providencial⁹⁷.

Después de 1966 cambiaron los protagonistas: los militares, la guerrilla y los tecnócratas liberales pasaron a ser los jugadores principales, de allí que O'Donnell llame a este tipo de estado no sólo como *autoritario*, sino también *burocrático*, donde la reconstitución de los mecanismos de acumulación para subordinar al conjunto de la sociedad a la gran burguesía vía la implantación de un sistema de dominación política que se imponga sobre la sociedad civil, eran los aspectos centrales⁹⁸.

En segundo lugar, la fórmula política desde 1966 en adelante propuso superar el dualismo político del período precedente unificando la escena política -recañalizando en el marco institucional procesos de negociación que se habían desarrollado fuera de esas instituciones hasta aquel momento-. Pero sucedió lo contrario a lo que esperaban. Los gobiernos militares resultaron incapaces de contener la política dentro de los límites estrechos de un marco corporativista. Entonces, la actividad política comenzó a volver lentamente a canales informales y violentos. Es decir, los diferentes actores rápidamente abandonaron las “reglas del juego” previamente aceptadas y adoptaron estrategias que no tenían en cuenta las consecuencias destructivas de “la Argentina violenta”.

El intento de erradicar la democracia con gobierno de los partidos (“partidocracia”) estaba acompañado por la esperanza de que el líder de las FF.AA., Onganía, pasaría a ser una especie de monarca autocrático⁹⁹ en un régimen cuyo único actor político sería el gobierno. De este modo, lograda la unidad (militar y social), la política abriría paso a la “administración”, donde predominarían los “técnicos” por sobre los intereses sectoriales. A lo que se le sumaba una clara retórica corporativista. Es decir, planteaban la renovación (y simplificación) de la política argentina. Creían que el problema argentino era “político” y proponía acelerar el crecimiento económico. Lo que, en opinión de Cavarozzi, terminó siendo

⁹⁶ Poco antes del golpe de 1966, Gallup realizó una encuesta (con una muestra de 1000 entrevistados de diversos sectores residentes del Gran Buenos Aires) que arrojó un 60% de “completamente de acuerdo” y un 23% de “más o menos de acuerdo” a la afirmación de que “tenemos demasiadas plataformas y programas partidarios, lo que necesitamos es un hombre fuerte que nos dirija”. Peter Snow, “Argentine political parties and the 1966 Revolution”, “The laboratory of Political Research”, The University of Iowa, 1968. Citado en Taroncher Padilla, Miguel Ángel. “Estilo de gobierno e imagen pública: Arturo Illia frente a la campaña periodística y el golpe de Estado del 28 de Junio de 1966”. Trabajo presentado en el IV Congreso Nacional de Ciencia Política, Sociedad Argentina de Análisis Político, 17 al 20 de noviembre de 1999. Pág. 26.

⁹⁷ “Obstinarse en aplicar a la situación del país remedios ‘normales’ de simple y tranquila evolución, es ignorar que la normalidad, como tal, nos ha abandonado desde hace mucho tiempo. El país no quiere ni espera un gobierno de pacífica y respetuosa rutina. El país espera un mesías porque vislumbró la tierra prometida y se encuentran aún muy lejos de ella, y esa tierra prometida no es sólo económica y social, sino por encima de todo, política y unipersonal”. Grondona, Mariano. Extracto de su editorial publicada en Primera Plana. 31/05/1966, citado en “20 Años de Historia Política Argentina 1966-1986”. RR Ediciones, Argentina, 1988. Pág. 6.

⁹⁸ O'Donnell, Guillermo. “Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización.” Op. Cit. Pág. 67.

⁹⁹ Dijo Onganía: “Alsogaray (Álvaro) quiso hacerme rey .../... un día me propuso que yo fuera rey, pusiéramos un primer ministro y adiós con los problemas”. “Las memorias de un gobernante y el germen de la Nueva Derecha” en Panorama. N° 190, 15 de diciembre de 1970. Pág. 13.

una “reelaboración, con algunas modificaciones, de las prescripciones desarrollistas que habían prevalecido hasta 1962”¹⁰⁰.

El régimen corporativista tuvo éxito al principio: suprimiendo los partidos, debilitando los sindicatos y bloqueando la capacidad de influencia de Perón. Pero, desde fines de 1966 y, especialmente, mediados de 1969, aparecieron fenómenos relativamente nuevos. Como, por ejemplo, la creciente fragmentación de las FF.AA. entre paternalistas, nacionalistas y liberales. Fragmentación favorecida por el hecho de que las FF.AA., al no poder participar en el gobierno, produjeron un proceso de conflictos y contactos informales entre los militares y actores políticos que fueron aislando lentamente a Onganía.

Simultáneamente, las organizaciones civiles (sindicatos y asociaciones empresarias), transando entre sí, salieron de los canales institucionales del gobierno mientras trataban de controlar la movilización de sus propios miembros, reforzando su propia estabilidad y la autoridad de sus líderes, los cuales tendían a utilizar la amenaza de movilización como una forma de presión contra el Estado y otros actores.

Es así que a partir de 1968, el hasta entonces homogéneo y “vandorista” sindicalismo comenzó a fragmentarse. Entre 1959 y 1966, el vandorismo retuvo el poder en la CGT subordinando a los sindicatos peronistas y no peronistas a una estrategia común. En 1968-69, la estrategia negociadora de Vandor no pudo hacer frente a la oposición de izquierda y de los peronistas, lo cual llevó a la fragmentación de la CGT en la “CGT de los Argentinos”, de Ongaro, y la CGT liderada por Vandor. El primero se opuso al régimen de Onganía, y sus proclamas anticapitalistas (de las que luego pudieron apropiarse otros grupos) quedaron al descubierto cuando condenó las tácticas de los blandos y de los vandoristas.

El "Cordobazo" de 1969 fue una fusión de empleados y obreros, estudiantes y sectores urbanos pauperizados¹⁰¹. Sus acciones, en palabras de O'Donnell, “en parte expresaban y en parte liberaban las tensiones que se habían acumulado desde la instalación del [gobierno militar]”¹⁰². Las FF.AA. no estaban dispuestas a reprimir estas acciones, a pesar de las presiones de Onganía, cayendo en descrédito tanto él como los líderes sindicales defensores de la negociación y dependientes de la tutela del Estado, los docentes y las autoridades universitarias y educacionales promovidas por las orientaciones tradicionalistas y jerárquicas del gobierno de Onganía, la jerarquía conservadora de la Iglesia Católica y los gerentes y empresarios del sector comercial.

Un proceso importante fue -como resalta Cavarozzi- la fusión que ocurrió, desde el “cordobazo”, entre el discurso antiauthoritario y aquel de quienes habían cuestionado las

¹⁰⁰ Cavarozzi, Marcelo “Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955” en O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C. y Whitehead, Laurence Op. Cit. Capítulo 2. Pág. 59.

¹⁰¹ “El descontento no era exclusivo de la clase obrera. La política de modernización de estructuras afectaba profundamente a los comerciantes y a las pequeñas y medianas empresas; la racionalización económica y la política salarial perjudicaban a los funcionarios y empleados del sector público. Los agricultores estaban inquietos por la preponderancia que se daba a la gran industria. Las provincias ya no soportaban el régimen centralizado de los generales que, al suprimir el federalismo, favorecía a la vez a Buenos Aires y las grandes sociedades extranjeras. En ausencia de mecanismos representativos que permitieran la canalización y la expresión de las distintas tensiones sociales, quedaba la calle. Pero el régimen no toleraba los “desórdenes”. Así, pues, estaban dadas las condiciones para que se produjeran hechos explosivos; sólo faltaba el detonante”. Rouquié, Alain. Op. Cit. Pág. 284.

¹⁰² O'Donnell Guillermo, “El estado burocrático autoritario: Argentina, 1966-1973”, Op. Cit. Pág. 257.

políticas económicas "liberales"¹⁰³, con el de quienes habían pedido la liberalización política del régimen militar y ahora exigían la democratización y elecciones sin proscripciones; y, también con el de quienes, concentrados en torno de la incipiente guerrilla peronista, promovían una insurrección popular armada, abogando en favor de una estructura social y política no parlamentaria y "socialista-nacional".

En junio de 1970 la Junta Militar demandó la renuncia de Onganía. Lo sucedió Levingston, un desconocido general que trató de profundizar una "revolución" que para estos tiempos ya era inexistente. A comienzos de 1971 el segundo Cordobazo, le demostró que el gobierno militar tenía que retirarse y restablecer la liberalización política, por lo que ese mismo año asume Lanusse. Sin embargo, como señala Rouquié, a partir de ese año la represión se endureció, organizándose una verdadera "guerra secreta". La lucha antisubversiva no se preocupaba por la legalidad, y la campaña de aniquilamiento e intimidación afectó a amplios sectores de la opinión pública que, sin embargo, no sentían ninguna simpatía por los guerrilleros¹⁰⁴. La "mano dura" no mejoró la imagen del ejército ni las perspectivas políticas del presidente de facto.

El primer gesto de Lanusse fue restablecer la actividad partidaria y anunciar elecciones generales sin proscripciones. Debía elegirse entre una "descompresión controlada" o una dictadura de impredecibles consecuencias, en torno a lo cual el presidente de facto y las FF.AA. prefirieron la primera alternativa¹⁰⁵.

Los años de Lanusse fueron sustancialmente distintos de los de los gobiernos previos, en parte porque el legado de 1969 había sido que aunque los distintos grupos de oposición (peronistas, no peronistas, líderes sindicales, empresariales y guerrilleros) apuntaban -todos- a objetivos distintos, compartían que la crisis social era un terreno adecuado para favorecer sus intereses. Para Perón esto era volver a estar en el centro de la escena política, para los partidos volver a ser los ejes de la organización política, para los sindicalistas y empresarios, seguir favoreciendo sus privilegios corporativos, y para la guerrilla, el momento de liderar un "socialismo nacional". Pero la descompresión controlada, a la que aspiraban Lanusse y los militares, se vio frustrada por el retorno de Perón.

¹⁰³ Entre ellos, los asalariados públicos y privados, empresarios pequeños y medianos, trabajadores de servicios tradicionales e industrias perjudicados por los programas modernizadores de los gobiernos militares, más la población de algunas regiones del interior afectadas por programas de racionalización económica. Cavarozzi, Marcelo "Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955" en O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C. y Whitehead, Laurence Op. Cit. Capítulo 2. Pág. 62.

¹⁰⁴ Rouquié Alain, Op. Cit. Pág. 292.

¹⁰⁵ Ibíd. Pág. 289.

ESTUDIO DE CASO

La Revista Primera Plana

Analizar la opinión pública argentina de la década del '60 es sumamente complejo debido a la carencia de información y estudios sobre el período¹⁰⁶. Sin embargo, el estudio de los discursos de diversos medios de comunicación de esta década abre algunos caminos interesantes. Primeramente se debe considerar a los editores y autores que trabajaban en el medio y a los sectores influyentes en el mismo, para luego pasar a abordar la información emitida por el medio, tratando de detectar quiénes lo financian con publicidad, sobre qué informan, qué informan, cómo lo informan y, por último, a qué grupo social van dirigidos sus discursos. En este sentido, la pregunta que motivó este estudio de caso es ¿cómo se ven reflejados los factores políticos claves de la Argentina de los '60 en la revista Primera Plana, durante el período que va desde que asume Illia hasta su destitución?

Primera Plana era una revista de “influencia” y no de “consumo masivo”, fundada por militares azules y solventadas con los anuncios de empresas interesadas en la ruptura constitucional -particularmente las farmacéuticas-, que tenía como público objetivo a los sectores sociales influyentes compuesto por “ejecutivos” y clases medias “intelectualizadas” - donde los primeros eran hombres adultos dedicados a los negocios y las profesiones liberales, y los segundos eran aquellos hombres identificados con las corrientes culturales surgidas en los años 60. Su público era de alto poder adquisitivo permeable a los “discursos que tuvieran la marca de modernidad”¹⁰⁷ proveniente del extranjero¹⁰⁸. En este sentido se puede decir que Primera Plana, durante la presidencia de Illia, fue la vocera del Ejército “azul” y, en consecuencia, siguió un discurso opositor del gobierno del radicalismo del pueblo y promotora del líder azul, el general Onganía.

Según Mazzei, como a lo largo de la administración radical las relaciones entre el gobierno y las FF.AA. fueron cambiando, también lo hizo, en consecuencia, el discurso de Primera Plana. Así, podemos distinguir una primera etapa, durante el primer año y medio de la presidencia de Illia, donde la revista continuó su tradicional línea anticoloralista. Este discurso abarcaba tanto a los militares colorados como a sus “socios” políticos en las crisis militares. Dentro de estos últimos distinguía a los “unionistas” y “gorilistas” radicales del

¹⁰⁶ A riesgo de ser arbitrarios, nos parecen obras importantes de consulta: Mazzei, Daniel Horacio “*Medios de comunicación y golpismo. El derrocamiento de Illia (1966)*”, Grupo Editor Universitario, Buenos Aires, 1997; Mazzei, Daniel Horacio “*Primera Plana: modernización y golpismo en los sesenta*” en “Historia de Revistas Argentinas”, Asociación Argentina de Revistas. Argentina, 1999; Terán, Oscar, “*Nuestros años sesenta*”, Bs. As., Puntosur, 1990; Alvarado, Maité y Rocco-Cuzzzi, Renata, “*Primera Plana*” el nuevo discurso periodístico de la década del '60, Punto de Vista, 22, diciembre de 1984; y Taroncher Padilla, Miguel Ángel “*Estilo de gobierno e imagen pública: Arturo Illia frente a la campaña periodística y el golpe de estado del 28 de Junio de 1966*”, IV Congreso Nacional de Ciencia Política, SAAP, 1999.

¹⁰⁷ Un buen ejemplo, puede ser la editorial titulada “Las edades” de Mariano Grondona, donde explica que “*las naciones más adelantadas del mundo se hallan en trance de abandonar ‘edad industrial’ y penetrar en la ‘edad tecnológica’ .../... hay entre nosotros tres tendencias. Algunos insisten en completar la Edad Industrial, lo que es correcto sólo a condición de que la vean como un lugar de paso y no como un último ‘fin’. Otros, dispersos y angustiados, avizoran el verdadero problema. Y un tercer sector, a veces el que más se escucha, quiere preparar nuestra mente para un tiempo de esclavos: reduce el esfuerzo colectivo y acomoda los espíritus a la limosna que acompaña a toda dominación*”. Primera Plana, diciembre de 1965, Pág. 13.

¹⁰⁸ De allí que importara el “moderno” estilo, para la época, de las revistas de información estadounidenses. Mazzei, Daniel Horacio “*Primera Plana: Modernización y golpismo en los sesenta*”, Op. Cit.. Pág 23-27.

pueblo, por lo que la revista defendía la “legalidad” denunciando constantemente “*complots golpistas de ultraderecha encabezados por ex jefes colorados*”¹⁰⁹.

Este discurso se basaba –desde el origen de la revista– en “una imagen maniquea y estereotipada” de la clase política dividida en dos bandos: “*los colorados eran golpistas, impenitentes, antiperonistas ‘a muerte’ y responsables de la existencia de un Ejército deliberativo*”; mientras que “*los azules eran profesionalistas intachables*”¹¹⁰ y “garantes de las instituciones legales y democráticas”. Aún así, esta polarización comenzó a abandonarse a fines de 1964 cuando algunos azules se acercaron a los colorados. Aunque solo en el ámbito militar, ya que la revista siguió percibiendo la polarización en los “socios” políticos.

A partir de mayo de 1965 se comienza a distinguir una segunda etapa en la revista, como consecuencia de la crisis dominicana que quiso ser aprovechada por los militares para hacer lobby golpista: favorecer la intervención militar en Santo Domingo, aumentar el presupuesto de las FF.AA. y plantear la “*necesidad de ‘dinamizar’ la acción del gobierno*”¹¹¹. Es así que aumentaron sus críticas hacia Illia, acusándolo de lentitud, simplismo, indecisión, improvisación, sin liderazgo ni proyecto de país. Críticas que fueron contrapuestas con las de un “nuevo ejército” profesional, defensor de la lucha contra la penetración de la creciente guerrilla comunista, preocupado por el futuro del país y liderado por el defensor de la legalidad: el general Onganía.

Ya en 1966 –especialmente desde junio–, como consecuencia del relevo de Onganía comienza una última etapa golpista que expresaba “*la irreversibilidad del golpe de Estado*”. Para ello se sobredimensionaron conflictos, se remarcaron sucesos que habrían pasado inadvertidos, se amplificaron rumores sobre la inestabilidad del gobierno, entre otras cosas. El objetivo era generar la sensación de que el gobierno se encontraba en un callejón sin salidas.

Este discurso característico de Primera Plana no constituyó un dato aislado sino que formó parte de toda una campaña que comenzó en 1965 cuando un grupo de oficiales comenzó a analizar la posibilidad del golpe de Estado y necesitaban crear un “clima psicológico propicio” al mismo. Mazzei entiende esto como una “campaña” en tanto que “*el mensaje golpista se expresó a través de diversos canales de comunicación*”¹¹², dirigidos cada uno de ellos a diferentes segmentos del público. Durante la campaña los medios nos dicen sobre qué pensar, dirigiendo nuestra atención hacia ciertos temas y realizando una ‘supresión selectiva’ de otros”¹¹³. Además esto es perceptible, al observar que cada sección (editorial, humor, etc.) de las publicaciones conservan una armonía entre sí que es coherente con el objetivo planteado en la campaña.

Para Terán, la campaña desestabilizadora tuvo su eje en “*la supuesta falta de eficiencia de ese presidente a quien los caricaturistas presentaran con la forma de una tortuga para simbolizar su incapacidad de asumir esa oportunidad de modernizarse a la cual ‘Primera Plana’ ha apostado su vida*”¹¹⁴.

¹⁰⁹ Ibíd. Págs. 13-14.

¹¹⁰ Ibíd. Págs. 13-14.

¹¹¹ Ibíd. Pág. 14.

¹¹² Entre ellos: La Nación, Clarín, La Razón, La Prensa, Primera Plana, Confirmado, Atlántida, Panorama, Análisis, Imagen, Economic Survey, El Príncipe, la televisión, etc

¹¹³ Mazzei, Daniel Horacio “*Primera Plana: Modernización y golpismo en los sesenta*”, Op. Cit.. Pág. 15.

¹¹⁴ Terán, Oscar. Op. Cit. Pág. 163.

Esta campaña se observa en la revista Primera Plana al analizar tanto las editoriales de Mariano Grondona¹¹⁵, como los artículos de política nacional “que atacaron los pilares sobre los que se asentaba el prestigio del gobierno [la honestidad de Illia y sus colaboradores], la campaña marxcastista y la utilización de la caricatura y el humor político en la construcción de imágenes arquetípicas de Illia y Onganía [ridiculizante en el primero e idealista en el segundo]”,¹¹⁶.

Ahora bien, ¿fue Primera Plana un medio de comunicación “moderno”? La respuesta diferirá dependiendo del concepto de “modernización” desde el cual se parta. Como lo señala Mazzei, Primera Plana fue ‘el’ modelo del proceso de modernización tal cual se lo entendía entre sus lectores y tal cual provenía desde el exterior. Al respecto, Rouquié entiende que la concepción tecnocrática de la modernización autoritaria prometía un país con “posibilidades ilimitadas” que se podría erigir sólo a partir de un “cambio de mentalidad”, que era una conversión a los imperativos del mundo económico moderno. En Argentina, estas ideas “modernizantes” se forjaban no solamente en la prensa, sino que existía todo un complejo de centros para la formación de cuadros para “la Argentina del mañana”¹¹⁷. Tal es así, que tanto los discursos de la CGT como de la Unión Industrial Argentina solían decir que la nueva mentalidad de la “ideología modernista revolucionaria” era el cambio en las “estructuras políticas”, pero no en las económicas, esto implicaba reformas basadas en la representación de los grupos sociales en un estado corporativista¹¹⁸.

En este estudio se ha considerado a la “modernización” desde un plano diametralmente opuesto al suponer que es un proceso necesariamente arraigado en la vida social y económica del conjunto de la sociedad. Por lo cual, si admitimos que Primera Plana está prefigurada por los cánones propios de los sistemas de comunicaciones extranjeros -fundamentalmente norteamericanos y europeos-, que su discurso era profundamente contradictorio al intentar conciliar “las formas más progresistas del arte y la cultura”, la “modernización desarrollista” y el “pretorianismo autoritario”, y no reconociéndose en sus planteos la “distancia crítica” propia de toda crítica social¹¹⁹, inferimos que este semanario tuvo una plataforma de acción doblemente disfuncional:

- Extirpando de raíz la posibilidad de producir la “revolución modernizante” que tanto fue pregonada, al pensar que ésta podría ser llevada adelante por un gobierno burocrático autoritario.
- Respecto a sus propios intereses, ya que -como resalta Mazzei- el autoritarismo y la inefficiencia de la Revolución Argentina fueron marcando una decepción tal en la

¹¹⁵ Para Grondona, M. las precondiciones para las libertades individuales y el progreso nacional eran: la *grandeza nacional* (simbolizado en la lucha contra el comunismo en Latinoamérica), la *eficiencia* en la resolución de los “grandes problemas” nacionales y, por último, la *autoridad* (tanto legal o de “gobierno”, como informal o de “liderazgo”). Todas las cuales “estaban ausentes en Illia y presentes en Onganía”, por lo que éste último era la “reserva institucional” para el “orden y la autoridad” de Argentina y, en consecuencia, debería transformarse en un “dictador romano” cuando las circunstancias así lo exijan. Mazzei, Daniel Horacio “Primera Plana: Modernización y golpismo en los sesenta”, Op. Cit.. Págs. 15-19.

¹¹⁶ Ibíd. Pág. 15.

¹¹⁷ Entre ellos, cabe distinguir a la Escuela Superior de Guerra, el Instituto para el Desarrollo de Ejecutivos de la Argentina y la escuela para dirigentes de la CGT. Rouquié, Alain. Op. Cit. Pág. 245 - 246.

¹¹⁸ Ibíd.

¹¹⁹ Recordar el concepto de “crítica social” de Walzer, M. Op. Cit. Véase en el capítulo “la opinión pública y ‘la política’”.

redacción de Primera Plana, que cuando comenzó a criticar al gobierno militar terminó devorada por el monstruo que había ayudado a crear¹²⁰

La historia política argentina demuestra muchos puntos de contacto entre la modernización del sistema de comunicaciones y los intentos de construir un sistema político autoritario. Si bien es posible relacionar, desde el punto de vista de las comunicaciones, los problemas de la modernización con los medios masa, el papel central lo tienen la organización de la expresión política, la formulación de intereses, la formación de opiniones colectivas y las reacciones individuales frente al desafío de las “nuevas ideas”.

La modernización de un sistema de comunicaciones no sólo se asocia con un cierto grado de especialización de funciones en las estructuras sociales y de secularización cultural, sino también con el alcance de reglas universales de conducta, el entendimiento de que la participación *debe* afectar al proceso de toma de decisiones a partir de intereses libremente representados, y en la fluidez y orientación de los cambios sociales sin alterar (o consolidando) la estabilidad, la transferencia ordenada del poder, el respeto por la autoridad constituida y el claro reconocimiento de derechos y deberes de la ciudadanía.

El sistema de comunicaciones argentino pasó, durante los años '60, por una *transición imposible* y los medios de comunicación de masas (al menos así lo comprobamos con Primera Plana y se han expuesto una buena cantidad de razones para pensar que en otros medios ocurrieron fenómenos comparables) no contribuyeron a que este círculo se revirtiera, llegando incluso -en el caso de esta revista- a acelerarlo.

No solamente cabe decir que el subsistema de medios de masa de la Argentina de la década del '60 nunca fue “moderno” en el sentido estricto, sino que fundamentalmente nunca operó en él una retroalimentación de ajustes en la fluidez y contenido de los mensajes vinculando a los responsables de los medios, los líderes de opinión y público en general. El sistema de comunicación política se erigió, durante toda esta década, en torno a tres condicionamientos fundamentales: la proscripción del peronismo, el “empate social” y la “vigilancia militar”.

El sistema de comunicaciones argentino estuvo en *transición* durante la década de los '60. Aunque existía una tendencia a la introducción de tecnología y una creciente profesionalización periodística, lo que definía el carácter de transicional fue que las reglas del status social y económico seguían siendo un factor de primera importancia, como indirectamente se ha demostrado al analizar qué representaba una revista como Primera Plana en el contexto socio-político argentino de los '60, cuáles eran los contenidos de sus mensajes y quiénes eran la mayoría de sus lectores. En otras palabras, en el marco de regímenes semidemocráticos y autoritarios, los grados de autonomía-heteronomía de la opinión pública no estuvieron tan fuertemente relacionados con el subsistema de medios como con los condicionamientos socio-políticos antes mencionados.

¹²⁰ “Primera Plana fue clausurada el 5 de agosto de 1969, por dar cuenta de un supuesto enfrentamiento entre Lanusse y Onganía.” Mazzei, Daniel Horacio “Primera Plana: Modernización y golpismo en los sesenta”, Op. Cit.. Pág. 28 y 31.

Bibliografía

- Aguiar, Cesar A. y otros “*Escenarios políticos y sociales del desarrollo latinoamericano*”. Editorial Eudeba-Naciones Unidas (CEPAL / UBA). Argentina. 1986.
- Alvarado, Maité y Rocco-Cuzzzi, Renata, “*Primera Plana*” el nuevo discurso periodístico de la década del '60, Punto de Vista, 22, diciembre de 1984.
- Apter David “*Política de la modernización*” Editorial Paidós, 1972.
- Arendt, Hannah. “*La condición humana*”. Paidós. Primera Edición, Barcelona, 1974.
- Arendt, Hannah “*Los orígenes del totalitarismo. 3. Totalitarismo*”. Editorial Alianza Universidad. España, 1968.
- Berlo, David K. “*El proceso de comunicación (Introducción a la teoría y la práctica)*”. Editorial Ateneo, Buenos Aires, 1973.
- Borja, Rodrigo. “*Enciclopedia de la Política*”. Fondo de Cultura Económica. México. 1998.
- Burguelin, Oliver “*La comunicación de masas*”, Editorial. ATE.
- Cavarozzi, Marcelo “*Autoritarismo y democracia (1955 – 1983)*”, Editorial Centro Editor de América Latina. Argentina, 1987
- Deutsch Karl W. “*Los nervios del gobierno. Modelos de comunicación y control políticos*”. Argentina. Editorial Paidós, 1969.
- Floria Carlos Alberto y García Belsunce Cesar A. “*Historia de los argentinos*”. Tomo II. Editorial Larousse. Argentina, 1992.
- Foucault, Michel “*El orden del discurso*”. Tusquets editores, Argentina. 4ta. Edición, 1992.
- Germani, Gino “*Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*”. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Hobsbawm, Eric. “*Historia del Siglo XX*”. Editorial Crítica. Argentina, 1998.
- Katz, Daniel. “*Public Opinion and Propaganda*”. Prentice-Hall. New York. 1960.
- Lázara, Simón. “*Poder militar: origen, apogeo y transición*”. Editorial Legasa. Argentina, 1988.
- London, Scott. “*How the Media Frames Political Issues*”. 1993.
<http://www.west.net/insight/london/frames.htm>.
- Mazzei, Daniel Horacio “*Medios de comunicación y golpismo. El derrocamiento de Illia (1966)*”, Grupo Editor Universitario, Buenos Aires, 1997.

- Mazzei, Daniel Horacio “*Primera Plana: modernización y golpismo en los sesenta*” en “*Historia de Revistas Argentinas*”, Asociación Argentina de Revistas. Argentina, 1999.
- McLuhan, Marshall & Fiore, Quentin.. “*The Medium is the Message, an Inventory of Effects*”. Hardwired, EE.UU. 1967
- Méndez, Antonio, “*Comunicación Social y Desarrollo*”, Editorial. UNAM, 1969.
- Menéndez, María Cristina “*Política, Opinión pública y medios de comunicación*”. IV Congreso Nacional de Ciencia Política. Sociedad Argentina de Análisis Político, 17 al 20 de noviembre de 1999.
- Nosiglia, Julio E. “*El Desarrollismo*”. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983
- O'Donnell, Guillermo. “*Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización.*” Editorial Paidós. Argentina, 1997
- O'Donnell, Guillermo. “*El estado burocrático autoritario: Argentina, 1966-1973*” Editorial de Belgrano. Argentina, 1982.
- O'Donnell, Guillermo y Link Delfina “*Dependencia y autonomía. Formas de dependencia y estrategias de liberación*”. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1973.
- O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C. y Whitehead, Laurence “*Transiciones desde un gobierno autoritario / 2*”. Editorial Paidós. España, 1994.
- Panorama. N° 190, 15 de diciembre de 1970. “*Las memorias de un gobernante y el germen de la Nueva Derecha*”.
- Peña Herborn, Jorge “*Perspectivas Acerca de la Influencia de los Medios de Comunicación de Masas en la Opinión Pública*”. Revista Mad. No.2. Mayo 2000. Departamento de Antropología. Universidad de Chile
<http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/mad/02/paper06.htm>.
- Potash, Robert “*El ejército y la política en la Argentina*” tomo II. Editorial Hyspamérica. Argentina, 1986.
- Primera Plana, diciembre de 1965, Pág. 13.
- Przeworski, Adam y otros. “*Democracia sustentable*”. Paidós. Buenos Aires, 1998.
- Pye, Lucian W. “*Evolución política y comunicación de masas*”. Ediciones Troquel. Buenos Aires, 1963 –1969.
- Rivadeneira Prada, Raúl. “*La opinión pública. Análisis, estructura y métodos para su estudio*”. Editorial Trillas. México. 1998.
- Rodríguez Lamas. “*La presidencia de Frondizi*”. Editorial CEAL, 1984.

- Rossini, Raúl A. Editor. “*20 Años de Historia Política Argentina 1966-1986*”. RR Ediciones, Argentina, 1988.
- Rouquié, Alain “*Poder militar y sociedad política en la Argentina*”, Tomo 2. Editorial Hyspamérica. Argentina, 1986.
- Sartori, Giovanni “*Elementos de Teoría Política*”. Editorial Alianza Universidad. Madrid, 1992.
- Sartori, Giovanni “*Teoría de la democracia I. El debate contemporáneo*”. Editorial Rei, Argentina. 1990.
- Schramm, W, “*La ciencia de la comunicación humana*”. Editorial. Roble.
- Snow, Peter “*Argentine political parties and the 1966 Revolution*”, “*The laboratory of Political Research*”, The University of Iowa, 1968.
- Taroncher Padilla, Miguel Ángel “*Estilo de gobierno e imagen pública: Arturo Illia frente a la campaña periodística y el golpe de estado del 28 de Junio de 1966*”, IV Congreso Nacional de Ciencia Política, SAAP, 1999.
- Terán, Oscar “*Nuestros años sesenta*” Editorial Puntosur. Buenos Aires, 1991.
- Veyra, Juan Cruz “*Frondizi y el Desarrollismo*”. Trabajo presentado en la Universidad Católica de La Plata. La Plata. 1999.
- Walzer, Michael “*Interpretación y crítica social*”. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 1993.
- Young, K. “*La opinión pública y la propaganda*”. Editorial Paidós. Buenos Aires. 1980.